

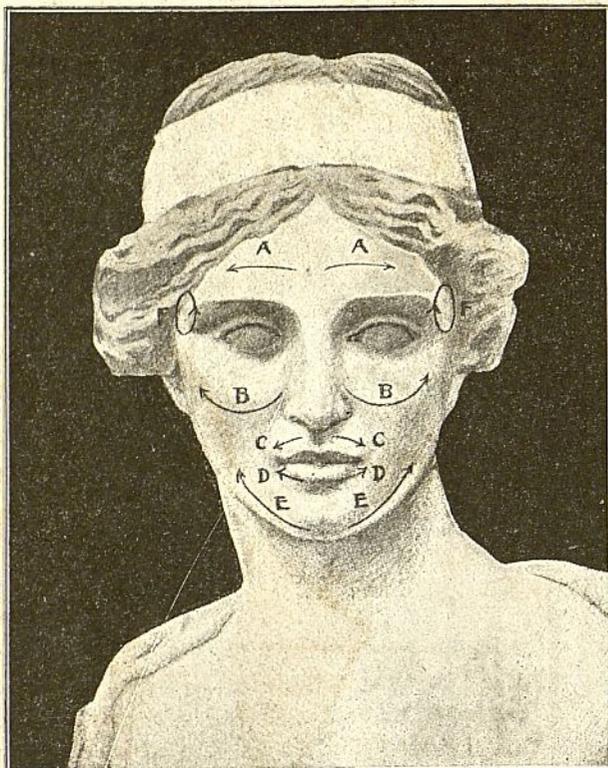
BUEN HUMOR

40 Céntimos.



—No te escandalices, mujer, que son el primer premio de un concurso de trajes regionales en Zululandia.

Dib. RAMIREZ.—Madrid.



CREMA

LIDA

RECONSTITU-
YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

13.—Musical.

EN G HOGAZA AÑO

14.—Ganga.

—Ya he visto cómo se han portado con tu *dos-dos*.

—Todo obra de su tío el *tercia-cuarta*, pues nosotros no hemos pedido nada.

—¡Algo habrá hecho tu cuñada *primera-cuarta*...!

—Total: que tú quisieras una *todo* así, ¿verdad?

BUEN HUMOR se vende en México

2.^a Victoria, 33

Nicolás Rueda

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

15.—Del Quijote.

ALON
500
MONEDA

16.—Constelación.

500 ORIENTE 50
AMÉN

17.—Sobre vagón...

IGUAL
CRIADO

Para las condiciones de este Concurso véase, nuestro número 131.

18.—Moderación.

668
COCHE
1 A

CUPÓN

correspondiente al núm. 133 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos



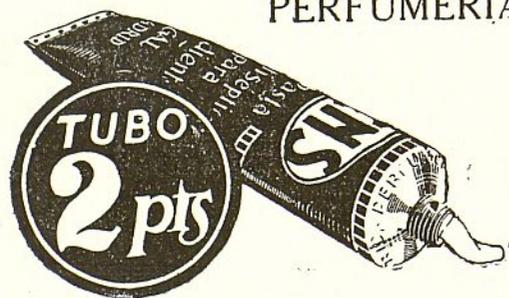
Las palabras
que perfuman

y se escuchan con más agrado, son las
que dicen quienes usan todos los días la

P A S T A D E N S

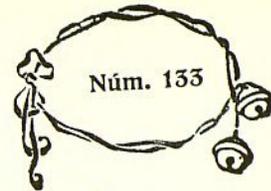
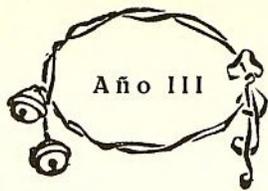
ES una crema jabonosa, aromatizada
con menta dulce de primera ca-
lidad. Ni piedra pómez, ni jibia, ni
drogas de efecto dudoso o nocivo.
Limpia el esmalte dental con la suavi-
dad de una esponja, dejando resplan-
deciente la dentadura, sonrosadas las
encías y la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal
a precio más reducido. En todos los comercios de Espa-
ña, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios
que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de
quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta



LA PROLE



PERSONAJES. — *Sotero*: Hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, calvo, con una verruga descomunal sobre una ceja, iluminada su cara por el herpético y un poco renqueante de resultas de una caída del andamio. Se afeita cada ocho días, tiene una barba pobladísima y estamos en el séptimo día del crecimiento de los pelos de su cara.

¡Ah! En un ojo tiene una nube y el otro lo fuerce una miaja. Le llaman «El manguero», porque cuando habla, riega.

Bernarda: De la misma edad aproximadamente que el anterior, que es su esposo, y al que le ha dado hasta la fecha tres varones y cuatro hembras, eso sin contar los malogrados y los difuntos. En la vecindad le han puesto «La coneja automática». Al levantarse el velo de la intimidad, encontramos al matrimonio liados en una trifulca, en la cual lleva la voz insultante la esposa. Vuelan los cacharros sobre la cabeza de Sotero y a veces se le pasan.

—¡Granuja! ¡Mal hombre! ¡Adúltero!
—¡Bernarda, que me has hecho daño con la chocolatera!...

—¡Así te *hubía* matao, ladrón!

—¡Nada, que si me atinas con el rallador, me haces polvo!

—¡Y no te tiro el mortero, porque es del cuarenta y dos, que me lo dejó la señá Fidela, pa hacerte el gazpacho! ¡Si no me hubiera muerto antes de hacértelo! ¡Amos, si no mirara!...

—¡Dame la mano!

—¡Tíes pa rato!

—Si digo la del almirez, que estoy viendo que te se va a escapar y me vas a romper la base del *craneo*.

—¡Sería una lástima!

—¡Bueno, que bajas la mano!

—Pero, oye, ¡tú hueles a perfume!

—¿Yo?

—¡Si por el cogote apestas a puchuli!

—Como no sea de la barbería, que sabes me pulverizan.

—¡Eso es que te se habrá apoyao alguna en el regazo!

—¿A mí?

—¡Sí, a lo mejor pa susurrarte alguna terniza en la oreja!

—¿Que a mí me han susurreao?

—¡Sí, hombre, sí; alguna galocha sinvergüenza! ¡Y como hay hombres como los hay!

—¡Amos, Bernarda!

—¡Si eso ya lo había notao yo! ¿O qué te crees?

—¿El qué?

—¡Que tú ífes algo por ahí!

—¿Quién, yo?

—¡A ver qué vida! ¡Si sabré yo lo que tú eres!

—¡Que no digas fontunas!

—¿O tú te crees que esa frialdad conmigo y esa adustez no lo dicen bien a las claras? ¡Pero, es natural, como el señorito lo tiene fuera de casa!

—¿El qué?

—¡El regodeo! ¿O es que te gusta que te regalen el oído?

—¡A mí no me gusta que me regalen na! ¡Pero yo creo que un hombre que entrega to el jornal, fuma de colillas,

se hace el alienao en el tranvía pa ahorrase una perra y lee la Prensa en los kioscos, no está en condiciones de hacer el Don Juan Tenorio!

—¡Si es que a ti no te hace falta dinero pa las conquistas!

—¡A mí, no! ¡Como que las hago por mi bonita cara!

—Yo no sé porqué será, pero la verdad es que antes, al irte al trabajo, me gulusmeabas mimoso en el cogote casi siempre.

—¡Sí; y acuérdate que muchas veces perdía medio día!

—¡Y que al llevarte la comida, me dabas un azote de afeito!

—Es verdez, pero...

—¡Y ahora hasta te sacas un colchón, porque dices que tengo el sueño agitao!

—¡Bueno, no llores!

—Y mira, Tero, como yo sepa que ífes algo por ahí, te ahogo a ti y a ella. ¡Por estas!...

—¿Quiés no disparatar?

—¡Porque yo creo que a mí entoavía se me pué ver!

—¡Por supuesto!

—¡Y que yo me veo y me lo dicen, y sin ir más lejos, el pescadero esta mañana me ha dicho que estoy muy frescal

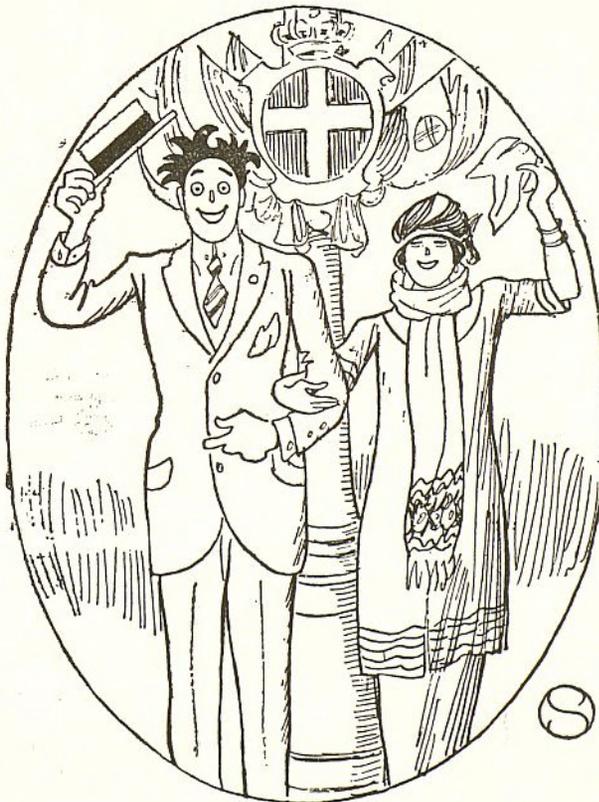
—¡Pues ése entiende!

—¿Entonces?

—¡Es que Bernardito ya tíe roto el calzaio Narda, y lleva los dedos de por fuera, y a Ricardo se le ha desgarrao la blusa, y dende ayer has tenío que comprar dos libritas más, y la Otilia no tíe medias, y como tú eres fuego y yo estopa, y el jornal no da pa más, porque tú, en cuanto nos descuidamos te chamuscas, hazte cuenta que estamos toavía en el amor platónico y conformarte con una mirá, con un requiebro, o to lo más con que te estreche la mano apasionao, hasta tanto que, o me suban la soldá, o se resuelva el problema de las subsistencias!

—¡Si aguardas a eso, nos morimos sin volvernos a hacer una carantofía!

—¡Mejor; así moriremos en olor de santidaz!



Dib. SILENO.—Madrid.

—¡Ahora, Sotero, yo lavaré pa fuera o asistiré en las casas, pero no me prives de tu afecto, porque yo me *amustio* como una flor sin riego!

—¡Bernarda, no te *ternezcas* y hazte cargo!

—¡Tero! ¡Mi Sotero!

—¡Narda, que te he dicho que se rebasa el presupuesto!

—¡Que vea yo que eres pa mí el de siempre!

—¡Que son siete pesetas na más!

—¡Que me haces cosquillas!

—¡Pero si no te he tropezao!

—¡Si es con la mirá!

—¡Que estamos empeñaos hasta los ojos, estate quieta!

—¡Pos dime que me quieres como en denantes, anda!

—¡Bernarda!

—¡Sotero!

—¡Madre, que me dé usted un cantero de pan y otro pa Perico, que se le han soltao los pantalones y no pué venir a casa hasta que se le haga de noche!

—¿Que se le han soltao?

—¡Sí, señora!

—¡Pero, si sus habéis comido to el pan, condenaos!

—¡Habrá sío la Encarna, que salió con el pan mojado en el caldo de las judías!

—¿De las judías? ¡Ay, madre, que nos dejan sin cenar!

—Toma y compra un ceneque pa ti y otro pa Perico, pero no corras la voz, que no se enteren tus hermanos!

—¿Estás viendo?

—¡Lo que hace falta es salud, Sotero!

—¡Y pesetas, Bernarda!

—¡Contigo, pan y cebolla!

—¡Que me despeinas, mujer!

—¡Qué cosa más idiota es la felicidad!

ANTONIO PLAÑIOL

DE PRIMERA NECESIDAD

Mientras un día autorizaban los concejales de Madrid la instalación de cuatro nuevos evacuatorios... por ahí, cierta señora me rogaba que aquí dijera «en verso vil» que en Madrid no hay bastantes kioscos... lo que puedes presumir, [cos y a complacerla voy, aun cuando la poesía que el magín pueda encontrar en esos sitios... ¡que me la claven, ¡ay!, aquí! ¿Quién es el guapo que se escapa sin complacer a un serafín que le achicharra con los ojos] en el momento de pedir? ¡Antes me parten en rodajas! ¡Antes me obligan, ¡voto al Cid!, a beber algo de cerveza, que es lo peor que hay para mí! Sepa, por tanto, la señora que me suplica con tal fin, que están mejor en cuanto a kioscos allá en Chicago y en París; y aquí es preciso, si no bastan cincuenta de ellos, poner mil, pues la que tenga algún apuro, si no resuelve ¡la infeliz! contarse cuentos a sí misma y entretener el tiempo así, con razón teme ser objeto de un catastrófico desliz ante las casas de una calle o ante los troncos de un jardín. A veces ves, desencajados, correr sin rumbo a Pepe o Luis, que van buscando un *hotel* de esos sin dar en él ni con candil, lo cual produce más estragos que la langosta en Medellín. Y una vez dichas estas frases en mi deseo de servir galantemente a la señora que se dirige amable a mí dejo la pluma y voy en busca de algún romántico *dedil* del Municipio madrileño para rogarle que haga allí la petición de que construyan desde un confín a otro confín todos los kioscos que *mi dama* crea precisos para sí.



Dib. TATITO.—Zaragoza.

—¡Que tóos los días tengamos que llevarte igual!
—Compare. ¡Pues pa mañana traigan ustés coche!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

EL OPOSITOR

En cuanto una persona decide hacer oposiciones, automáticamente se traza un plan. La razón es obvia. Las gentes inexpertas se lanzan al estudio desordenadamente, a ciegas, sin refrenar su ímpetu, llevadas de una terrible voracidad intelectual. Se hunden fatalmente en el caos. Y es que, sin un plan detallado, meditado, escrupuloso, no hay manera de hacer nada eficaz.

El opositor, no. El opositor, como más arriba decimos, se traza un plan rígido e invariable, que siempre cumple con fidelidad absoluta. Este plan, sin embargo, ha de ser rigurosamente científico. Para ello, ora el opositor sigue el método analítico, ora el sintético, ora el inductivo, ora el deductivo. Algunos, dotados de un espíritu amplio, obedecen el método analítico-sintético; otros, más audaces, se entregan plenamente al inductivo-deductivo. Por último, existen partidarios del histórico, del armónico, del filosófico, del ecléctico, del cronológico, del sincrónico...

Ya en posesión del plan, el opositor lleva mucho camino adelantado en el sentido del triunfo. La observancia del mismo ha originado la extraña manía que actualmente domina a la sociedad española y que aquí nos permitimos señalar. Nunca como ahora abundan los casos de personas cuya íntima y punzante obsesión les hace prorrumpir, en medio de la calle, en voces desprovistas de sentido. No son locos, no. ¡Oh, los conocemos muy bien! Son, sencillamente, opositores.

Una vez nos ha sucedido hallar casualmente a un amigo nuestro, compañero en los dulces años del Instituto y de quien la vida luego nos separó. Tan larga ausencia no impidió que su recuerdo floreciera en el acto, ante el fraternal camarada. Pero quedamos estupefactos cuando, a nuestro saludo cordial, a nuestros vehementes abrazos, correspondió de esta manera absurda:

—Trazando un paralelepípedo...

Cierto día, un conocido a quien invitamos cortésmente al teatro, dijo con vaguedad, como distraído:

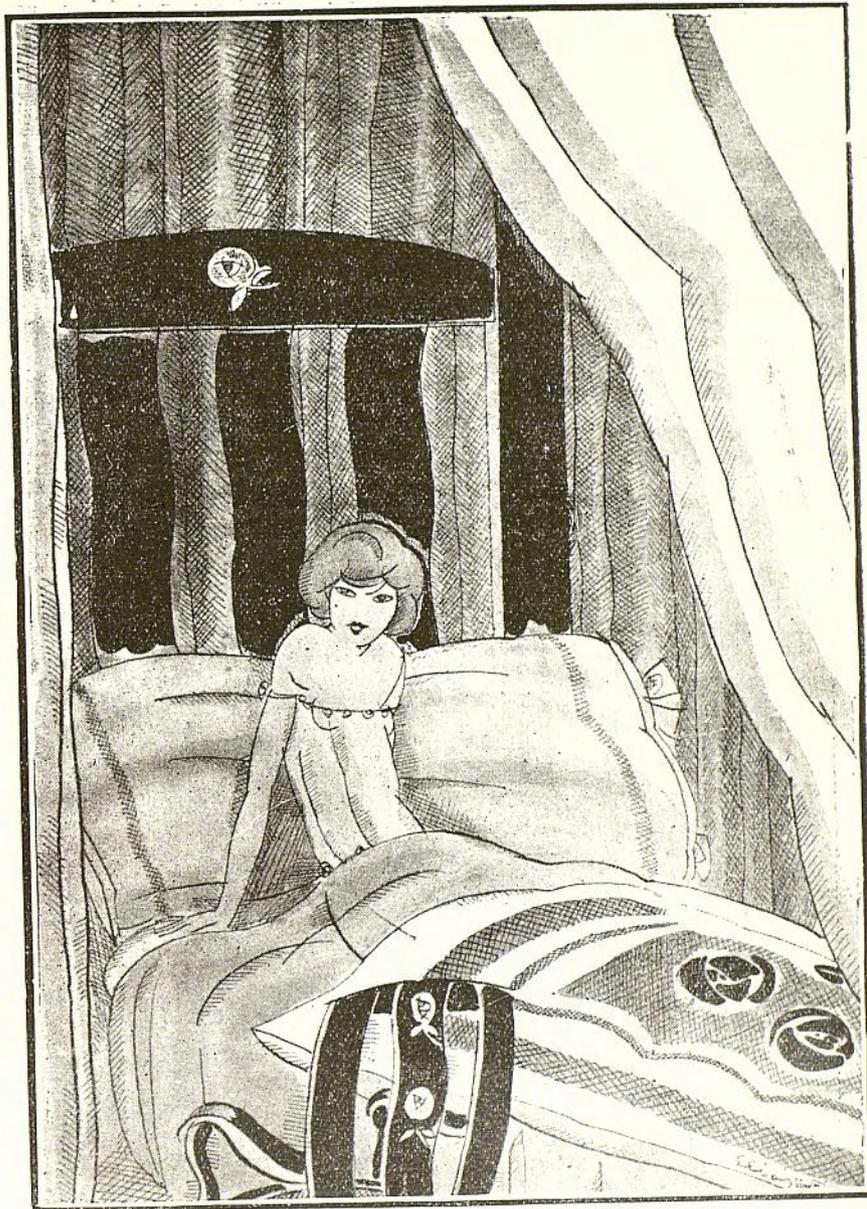
—La ciencia de la O-to-ri-no-la-ringo-lo-gía...

En otra ocasión, al pasar a nuestro lado, un joven delgado y pálido nos atemorizó con esta frase terrible:

—¡Eliminemos la «rabassa morta!»

En determinadas personas, lleva la fidelidad del plan trazado a extremos conmovedores. Hasta que no se presencia uno de estos casos, no es posible suponer la capacidad de sacrificio de un opositor.

En nuestra propia casa, juntamente con otros individuos de profesiones diversas, vivía recientemente un joven médico que aspiraba a ingresar en el



Dib. ELÍAS.—Madrid.

—¡El pobre Arturito es un infeliz! Cree todo lo que le digo. Le digo que pienso en él todas las noches y no es verdad. Ahora mismo no me acuerdo de él para nada...

Cuerpo de Sanidad Militar. Tal aspiración constituía el más bello de sus sueños. Estaba ya muy próxima la fecha de los ejercicios y no había instante que perder. Todos presenciábamos asombrados un esfuerzo tan inmenso. Y en todos también hizo nacer aquella tenacidad heroica un sentimiento de piedad.

En vano intentábamos distraerle unos momentos con nuestra charla, retenerle en nuestra compañía con

cualquier pretexto rebuscadamente pueril. Nos estrellábamos siempre ante su negativa amable y rotunda.

Habíamos notado, sin embargo, que cuando alguna de nuestras invitaciones rozaba el punto débil de su voluntad, el opositor salía velozmente de casa y a los pocos minutos regresaba cambiado, con la decisión inmovible de estudiar. Uno de nosotros, a quien unía con el médico una amistad estrecha, decidió descubrir aquel extra-

ño misterio. Y un día, hallándose todos reunidos, lanzó esta insinuación pérfida: —Señores... Hace una tarde desapa- cible. Como supongo que ninguno de ustedes querrá salir de casa, les pro- pongo una partidita de *baccarat*...

Y, acto seguido, extrajo una suave, una tersa y admirable baraja francesa, que extendió sobre una mesita, lenta- mente. ¿Qué secreto influjo ejerció la baraja sobre el médico? Todos vimos alterarse su rostro, de ordinario impa- sible; animarse sus ojos cargados de ciencia con el reflejo metálico, cam- biante, del Azar... Aún el camarada concretó más su oferta tentadora. Di- rigióse al estudiante:

—¡Qué! ¿Te decides? ¿Quieres la banca?

Sin pronunciar una palabra, pero atrozmente pálido, el opositor se leván- tó. Sólo comprendimos entonces la horrible tortura de su espíritu. Oímos en seguida un fuerte portazo y el ruido acelerado de los pasos del médico, al bajar la escalera. Salió detrás su ami- go íntimo. Y fué un cuarto de hora de angustia, de zozobra, hasta que vimos aparecer al opositor, que, sin dignarse mirarnos, entró en su habitación.

Por fin, cauteloso y alegre, llegó el otro... Aclaró:

—Le he seguido... Le he visto parar- se al final de esta calle, ante el escapa- rate de una saserería militar. Se ha quedado quieto, absorto, extático... En el escaparate luce un magnífico uni- forme de oficial de Sanidad...

Hízose un silencio henchido de emo- ción. La baraja seguía extendida sobre la mesa, definitivamente desdeñada...

Contra lo que las gentes suponen, los ejercicios de oposición suelen ser de una infinita variedad. Cada opositor da al suyo un nuevo y curioso matiz. No existe, pues, monotonía.

El Estado concede al opositor, mediante el pago de determinada canti- dad, el derecho pleno, absoluto, total, a utilizar como le venga en gana una hora de las varias que a los ejercicios suelen destinarse diariamente. El Tri- bunal que lo preside cuida escrupulo- samente de llamar la atención del opositor que permanezca actuando más de sesenta minutos; pero durante ese tiempo, tiene la obligación de enmude- cer. Este simpático espíritu de libertad favorece la iniciativa de cada uno y fa- cilita el medio de que la Sabiduría se manifieste de mil formas amenas. Un opositor dice chistes, otro recita poe- sías, otro canta, otro baila...

Pero nos ha cabido la suerte de asis- tir al espectáculo de un ejercicio singu- lar. Celebrábanse oposiciones a la Ju- dicatura. Al llegarle el turno, avanzó resuelto un joven, que fué a sentarse ante la mesa colocada en el centro de la amplia sala, dando frente al Tribunal.

Eran las seis de la tarde. Pasaron cinco minutos. Los nueve graves seño- res del Tribunal charlaban entre sí, sonreían, bromeaban discretamente. El prolongado silencio del opositor no les sorprendió. Seguramente creyeron que éste realizaba un poderoso esfuer- zo pnemotécnico, antes de empezar su disertación. Pero transcurrieron tres, cinco minutos más, sin que el joven se dejara oír. Entonces, pudo observarse en los dignísimos jueces un vivo movi- miento de inquietud. Cesaron súbita- mente las charlas, las sonrisas; en to- dos los rostros se reflejaba un inmenso asombro...

Y, de la misma manera, pasaron diez, quince, veinte minutos más. Era un silencio hiriente y afilado, imposi- ble de soportar. Notábamos que aquel silencio no era un silencio cualquiera, sino el fruto de una larga preparación de ocho, de diez meses, acaso de años... Poco a poco, los jueces co- menzaron a caer desmayados... Los ujieres, clavados en su sitio por el es- tupo, no podían socorrerles...

Sólo el presidente, afrontando el riesgo que su autoridad corría, había logrado mantenerse firme, mas no por mucho tiempo. A las siete menos cuar- to, sintiéndose desfallecer, pudo po- nerse en pie y decir con voz trémula:

—¡Basta! El Tribunal, unánimemen- te, le concede la puntuación máxima.

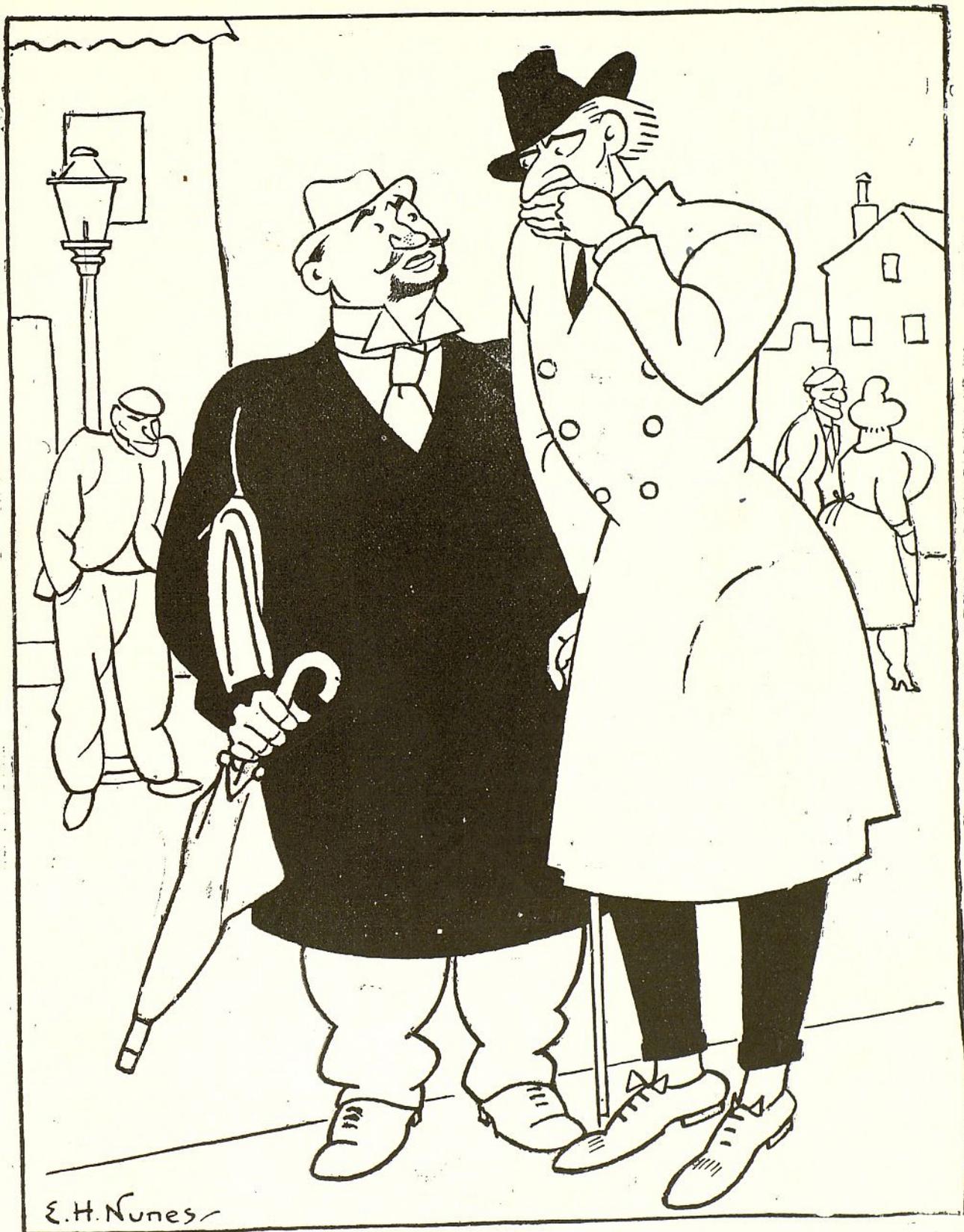
Con una docta sonrisa triunfadora, que jamás olvidaremos, el opositor salió.

PEDRO GARCÍA VALDÉS



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Mira si será malo el gachó, que se guarda un duro en el bolsillo v al día siguiente se ha vuelto falso.



Dib. NUNES.—Cruz Quebrada (Portugal).

—¿Y por qué se pone usted las manos en la boca cuando habla?
—Pues porque tengo un diente de oro y estos sitios son muy poco seguros.

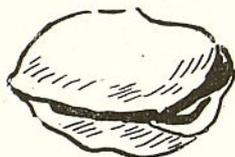
Ayuntamiento de Madrid

RAMONISMO

GRANDES Y PEQUEÑOS INVENTOS

Los pequeños inventores no tienen biógrafos, y eso es irreparable para la justicia de la publicidad.

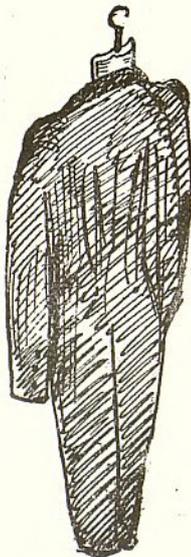
Se les ve sentados en un banco público sin prisa en ir a gozar de la inmortalidad, puesto que no les aguarda.



Su satisfacción íntima es, empero, extraordinaria y ven pasar con ironía a esos afortunados seres con levita y lentes, que parecen ser los que han creado el mundo por como van de prentosos y jirafescos.

Los inventores desconocidos son los optimistas gratuitos que se frotan las manos constantemente, sin venir a qué. Su hongo es un hongo inverosímil, que conservan porque es algo así como la retorta de su primera idea del invento.

Hay en las tabernas unas oscuras recámaras en que se refugian los pe-



queños inventores, de los que son los grandes inventos.

El inventor del abrochador se cuenta que murió en la horca sin que hubiere nadie que le desabrochase a él de aquel último ojal, y eso que evitó a la Humanidad tantas molestias con su ideal ganchillo!

El inventor de esas vinajeras admirables para el aceite y vinagre de la mesa bien presentada, parece que se remonta a tiempos de Arquímedes, que, según alguno, fué el que logró ese invento. Me gustaría saber a ciencia cierta quién fué el inventor de ese sobrio convoy tan equilibrado en la oposición de los dos elementos distintos que, cuando vierte el vinagre, retiene el aceite, y viceversa.

Es como el invento del corazón con



sus funciones alternativas y sapientísimas tan bien reguladas, el invento de estas vinajeras ideales, sobrias, dignas de emplearse en la exquisita química de la ensalada.

Se quieren con fraternidad los dos recipientes gemelos, y, sin embargo, permanecen irreconciliables, por más que siameses, sobre las mesas de los sabios, que son los que utilizan esta clase de vinajeras.

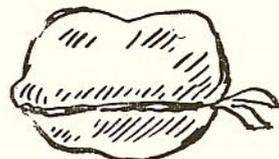
El inventor del bocadillo fué también un bienhechor magnánimo de la Humanidad. Inventó el modo de saciar el hambre por veinticinco céntimos, y en el mundo de los oscilantes desmayados inventó el *tenteempié*.

El inventor del bocadillo logró una cosa que, participando de la naturaleza de dos cuerpos simples, es otra cosa diferente, prepotente y complicada.

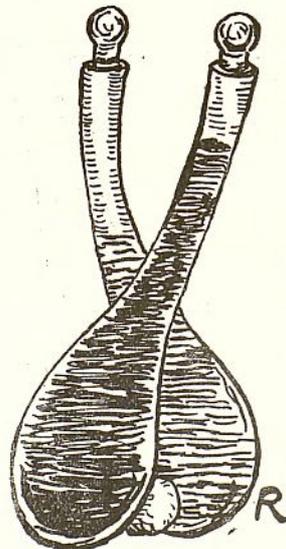
El primer bocadillo que inventó el gran inventor de los bocadillos, fué, claro está, el bocadillo de jamón, el

bocadillo primero y genuino, que será el último el día de la resurrección de la carne. (No cuento el bocadillo que Adán dió a Eva, porque aquél fué un bocadillo supraterrrenal.)

El inventor del bocadillo es como el



inventor del péndulo, o como el descubridor de la fuerza de gravedad, o como el hallador de la palanca. Como ausente de sí mismo, miraba en su plato una lengua sutil y delgadísima de jamón, y junto al jamón, un pedazo de pan no muy grande. «¿Es que va a ser éste mi mezquino sustento de hoy», pensaba por encima de su abstracción, cuando con un atisbo genial vió la composición que podía lograr con la unión mayestática del jamón y del pan, y partiendo el pan con el cuchillo, introdujo entre las encías de su miga la loncha de jamón, y el bocadillo fué he-



chó y el pan habló con exquisitez, dotado de la lengua de que necesitaba ser dotado.

Eso sucedió al atardecer de un día antiguo—o sea un atardecer más oscuro que los de ahora—y sobre la tosca mesa de un figón. El inventor, realizado su invento, lo explotó por las

ferias, y tuvo días de esplendor, que si no fueron muy duraderos, fué porque entregados a la competencia todos los figoneros y hosteleros de su época, en seguida fué de todos su invento, aprovechándose los usurpadores de que entonces no estaban muy claros los derechos de patente. ¡Si hubiese podido sacar patente de invención del bocadillo!... Hoy sus descendientes serían multimillonarios y no se hubiera dado el caso vergonzoso de que, según cuentan, el inventor del bocadillo hubiese muerto de hambre.

Después del fallecimiento del inventor del bocadillo, su creación imperecedera ha pasado por muchas vicisitudes. Desde el primer bocadillo, cuya jamón fué el sobrio pedazo que le co-

rresponde en puridad, hasta el moderno bocadillo fabricado en las guillotinas del jamón, ¡qué gran diferencia!... Es tan apócrifo el bocadillo logrado con una hoja de papel del fumar de jamón, como el bocadillo lleno de jamón rebosante, sobrante, salido por su comisura como la lengua de los ahorcados.

¡Buenos y grandes pequeños inventores de los grandes a la par que pequeños inventos!... ¡Qué deseo de encabezarse suscripciones de monumentos provocan los pequeños inventos bien hallados y bien venidos!...

El inventor de los pasadores para el cuello postizo, por ejemplo, merece todo nuestro afecto también. Porque, ¿qué hubiera sido de nosotros tenien-

do que llevar suelto el cuello postizo?... ¡Horror!...

También quisiera saber el nombre del inventor de las cruces para la ropa, pues me gustaría escribir la efeméride de un nombre y de un nacimiento en la hoja correspondiente de mi almanaque. Gracias a él las americanas adquieren gran presencia de ánimo y los cheposos consiguen cierta esbeltez.

Fué algo divino la creación de la cruz para los armarios, como lo fué la invención del primer hombre, pues ni los hombros humanos son firmes y animosos como los hombros de madera mórbida y pulimentada.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

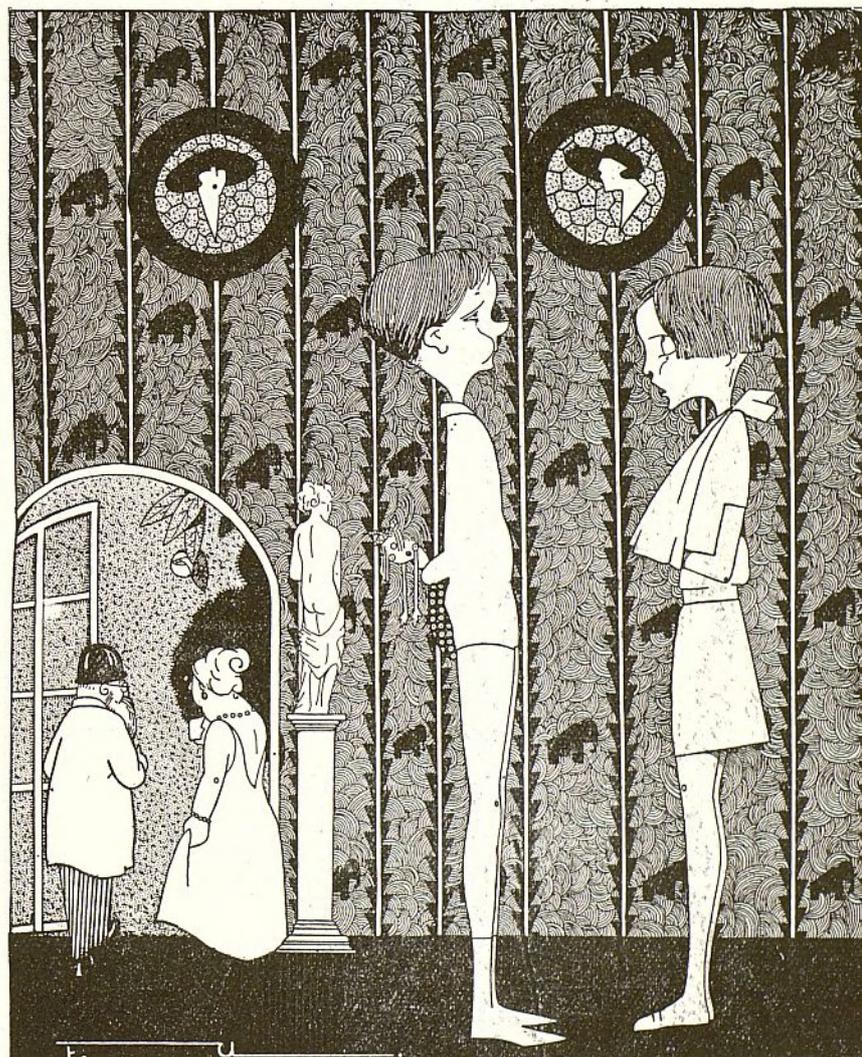
Ilustraciones del escritor.

¿DON RAMÓN ARIZA?

Ahora que llega la época de concurrencia a los establecimientos balnearios, voy a referir, por lo extraordinario del caso, lo que le ocurrió hace ya bastantes años a un muy amigo mío y paisano. De la autenticidad del hecho respondo por haberlo presenciado.

Mi amigo se llamaba don Ramón Ariza, comerciante pamplonés acaudalado, y hombre tan distraído y de tan frágil memoria que todo lo confundía y todo lo olvidaba con la misma facilidad que lo confundía. Era una especie de doctor Miravel, el gracioso personaje de *Los sobrinos del Capitán Grant*, capaz también, como aquél, de embarcarse en el *Escocia* en vez de embarcarse en el *Irlanda*, confundiendo las islas británicas con gran regocijo de la galería.

A don Ramón, que padecía una afección herpética (aunque nunca supimos dónde), le recomendó su médico las aguas sulfurosas de Gaviria, balneario de la provincia de Guipúzcoa. Y a Gaviria se dirigió don Ramón, dejando el encargo de que la correspondencia y periódicos se los enviaran a dicho establecimiento. Llegó el hombre a Zumárraga, y como en aquella época no existía aún el ferrocarril Zumárraga-Durango-Bilbao, llegó a la plazuela situada detrás de la estación y allí se encontró con los coches de mulas (entonces no había autobuses) de los varios establecimientos balnearios que hay en la provincia; y confundiendo, por lo que tienen de *similfónico* y asonantes, los nombres de Gaviria y de Zaldívar, se metió mi buen don Ramón en el coche de este establecimiento, y a Zaldívar se fué y en Zaldívar permaneció sus quince días de bañista, plenamente convencido de que estaba en Gaviria y tomando aquellas aguas, que por cierto le aprovecharon muchísimo,



Dip. ANSUÁTEGUI.—Madrid.

—¿Lo ves? ¡Por jugar con las muñecas!...

como, por lo general, les sucede a todos los enfermos que equivocan la receta del médico.

Pero dejemos a don Ramón (como hacen los novelistas) en su equivocada residencia, y veamos lo que ocurría entretanto en el balneario de Gaviria.

Conocida de sobra es la costumbre que, por lo menos en aquella época, existía en todos los establecimientos balnearios a la llegada del correo.

En torno a una gran mesa, que por lo general era la del billar, amontonábanse todos los bañistas; y el administrador, con un enorme montón de cartas y periódicos, iba leyendo en voz alta los sobres y las fajas con majestuosa solemnidad. Cada bañista que oía su nombre, contestaba indefectiblemente: —¡Aquí!—arrojaba sobre el paño verde un perro chico, como si estuviese jugando al platillo y le hubiese tocado, y retiraba su correspondencia.

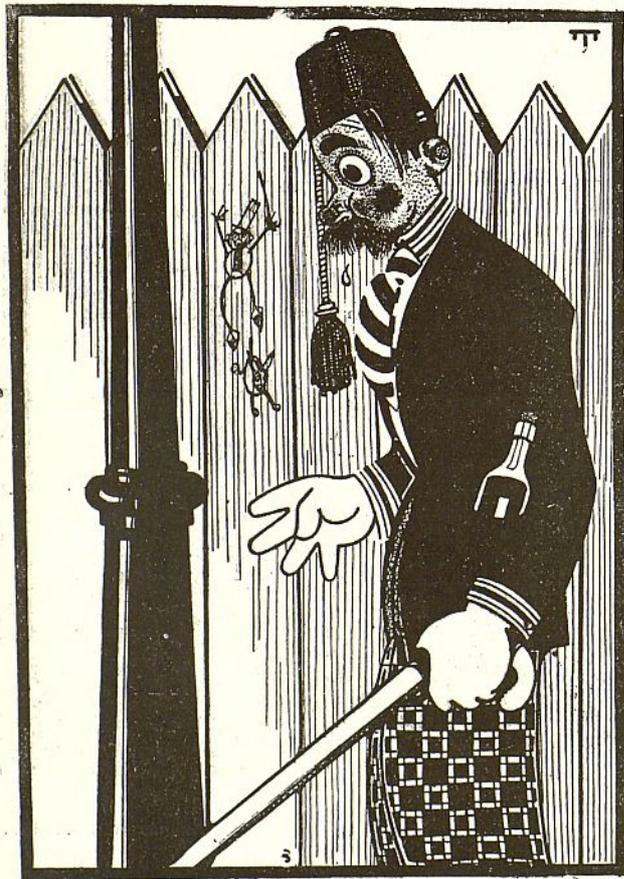
Un día, entre los nombres que pregonaba el administrador, gritó «¿Don Ramón Ariza?...» Nadie respondió; repitió el nombre y apellido con más fuerza, y el mismo silencio: —¡Aah!—dijo separando a un lado las cartas—. Serán para algún viajero que llegará de

un día a otro—. Y al terminar el reparto colocó las cartas y periódicos de Ariza en el casillero de la administración. Al siguiente día se repitió la escena anterior con el mismo silencio, y al siguiente y al siguiente y así durante diez o doce días consecutivos. El casillero de la administración estaba abarrotado de cartas y a todo esto don Ramón Ariza no llegaba. Su nombre se hizo popular en el establecimiento. La gente joven, sobre todo, tomándolo a chacota, repetía constantemente el nombre de mi infortunado amigo y hasta le hicieron versos adaptados al cuplé de moda.

Unos de ellos recuerdo que decía:

¡Don Ramón, Don Ramón!
¿Quién será ese camastrón?
¡Que me den una paliza
si yo sé quién es Ariza!
¡Don Ramón! ¡Don Ramón!
¡venga usted por compasión! etc., etc.

Y así que llegaba el coche del balneario con nuevos viajeros, rodeábanle todos los bañistas y se preguntaban: —¿Será éste?—¡Aquél debe de ser!—Y como distraidamente gritaban: —¡Don Ramón!—¡Ariza!—¡Eh, Ariza!—Y claro, como ninguno se llamaba así, ninguno volvía la cabeza. ¿Dónde estará ese hombre? Cada vez que a la hora de comer aparecía en la mesa redonda un nuevo comensal, se repetía la *juerga*



Dibujo
MONDRAGÓN
Barcelona.

TURCO Y TURCA

—¡Por tercera vez! ¡Me cede usted el paso, o le rompo el bastón en la cabeza...!

llamándose unos a otros: —¡Eh, don Ramón!—¡Eh, Ariza!, ¡Ariza!...—Nuevo desengaño. Nadie contestaba al llamamiento.

Aquello se hizo intolerable. Era ya una burla a la colectividad y un desprestigio del valor curativo de las aguas del manantial, según decía el administrador. Don Ramón Ariza era un ser fantástico, misterioso, esotérico, y la curiosidad febril por descifrar ese enigma encendía la sangre agudizando en muchos casos los humores herpéticos allí congregados. Esto lo decía el médico.

¿Quién sería el don Ramón Ariza?...

Una hermosa mañana del mes de julio, terminada su quincena terapéutica, dos caballeros de Madrid montaron en el coche del establecimiento y llegaron a la estación de Zumárraga para alcanzar el rápido de Irún que había de conducirlos a la corte. Se acomodaron en un departamento de primera clase desocupado, y en el momento de arrancar el tren llegó atropelladamente otro viajero, que a duras penas pudo colocar su maleta en la rejilla.

Los dos amigos le ayudaron y con este motivo entraron en conversación.

—¿Va usted muy lejos?—le preguntó uno de los madrileños.

—¡No, señor! Pronto les dejaré solos. Me apeo en Alsasua y allí tomaré el corto de Pamplona, que es donde yo vivo.

—¡Ah! ¿Es usted navarro?

—Sí, señor; pero ahora vengo de Gaviria, donde he pasado quince días en aquel balneario.

—¿De Gaviria?—exclamaron con estupefacción los dos madrileños.

—¡Sí, señores, de Gaviria!

—¡Pues es muy extraño—dijo uno de ellos—porque nosotros venimos de allí y no recordamos haberle visto!...

—Sí que es extraño que no me conozcan ustedes; porque en Gaviria soy popular. Me conocen todos los bañistas, los camareros del restaurante, las criadas de la fonda, el administrador, el médico; en fin, todo el mundo... ¡Si lo sabré yo!...

Entre los dos amigos se cruzó una mirada indefinible. Una misma idea les asaltó a la vez y el más decidido dijo resueltamente:

—¿Conque dice usted que en Gaviria es usted conocidísimo, popular, y no le hemos visto nosotros?...

—Así es.

—¡Como no sea usted don Ramón Ariza!...

—¡Servidor de ustedes!...

Y estalló una ruidosa carcajada.

—¿Ven ustedes como les decía yo—siguió don Ramón—que era conocidísimo en Gaviria?...

FIACRO YRÁYZOZ

LAS COSAS DE LOS TEATROS

HACEN FALTA MÁS LOCALES

Ya saben ustedes que para la próxima temporada teatral se van a inaugurar dos nuevos coliseos en Madrid: el Alcázar, en la calle de Alcalá, y el Fontalva, en la Gran Vía. Esto supone un aumento de conjuntos artísticos que realicen la campaña invernal y nos alegren nuestros ya demasiado tristes días de esa época del año. Vamos a estar mejor que nunca, como a los autores les dé por escribir obras buenas y a los cómicos les dé por representarlas con interés y buen sentido.

Pero, ¡ay!, que no todo ha de ser regocijo en este mísero mundo. Frente a la felicidad de los artistas que integren las dos nuevas compañías se alza el eco dolorido de los que aspiraban a venir a Madrid y tendrán que permanecer en provincias o en el extranjero si pretenden pasar el invierno a costa del teatro.

¿Cuántas figuras creen ustedes que quedarán este año en tan lamentable caso? ¿Una, dos, diez, veinte? Desde luego, muchas más, muchísimas más.

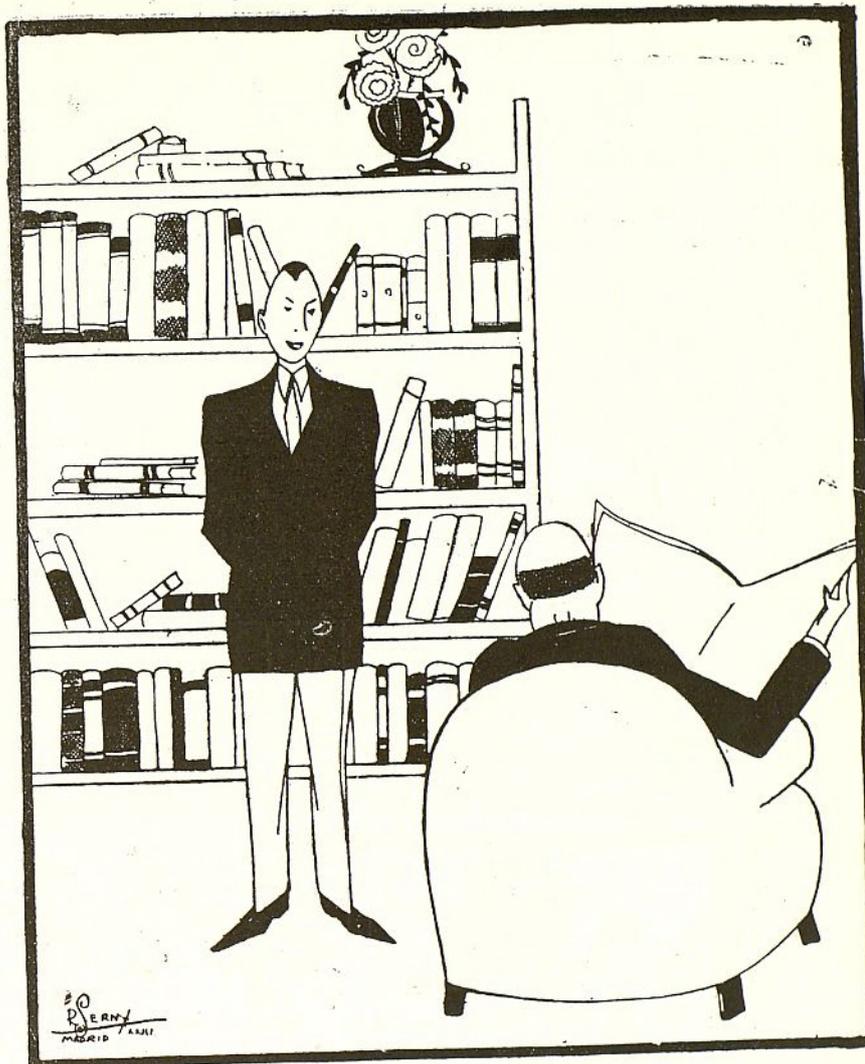
En la temporada que se avecina habrá mayor número de formaciones que nunca; todo aquel que recita seguido, sin equivocarse más de treinta o cuarenta veces por representación; todo aquel que ha hecho un galán en un teatro, aunque fuese de la más ínfima categoría; toda actriz que se haya puesto en una sola ocasión un traje de cola, todos ellos aspiran a immortalizarse en los meses que van de septiembre a abril o mayo del año próximo venidero.

En verdad declaramos que con la centésima parte del dinero que ellos sospechan que podrán ganar dentro de pocos meses tendríamos nosotros para descansar de estas fatigas de escribir cosas extrañas que no interesan ni poco ni mucho al público. Más aún: con el dinero efectivo que perderán este año las empresas de Madrid podríamos aparecer nosotros como potentados.

La temporada que está finalizando—y que ha sido trágica—costó a las empresas centenares de miles de duros. Apartando el Centro, que logró el positivo éxito de taquilla con *Los chatos*, en los restantes coliseos de Madrid se ha perdido sin tasa ni medida.

¿Las obras, los artistas, la crisis económica, la desorientación del público? Las causas se ignoran; pero los efectos se sienten de una manera demasiado acentuada.

¿Es que el dinero que pagan los em-



Dib. SERNY.—Madrid.

—No sé, Pepito, dónde meter los billetes de Banco. En todos los sitios en donde los meto das con ellos y te los llevas. Voy a tener que esconderlos en tus libros de texto.

presarios vale menos que el que tiene el resto de los mortales? ¿Es que los cómicos, los autores, los escenógrafos reintegran con un altruismo enternecedor los sueldos que percibieron? Si ninguno de esos casos coincide con la verdad, no hay otra que decir sino que las empresas—particulares o profesionales—se han arruinado irremisiblemente.

¡Y, sin embargo, tal cosa no puede ser cierta! Este año sobran capitalistas y cómicos dispuestos a aventurar sus ahorros; empresarios de otras veces que están decididos a exponer—y a quedarse sin él—todo el dinero con que cuentan. No hay un teatro disponible en Madrid. Faltan locales.

¿Qué misterio encierra todo esto?

¿Qué fuerza la de las vanidades y la de las ilusiones, que es superior a la tragedia de las Matemáticas?

No hay tesoro en el mundo que no esté pronto a gastárselo un actor en aras de su amor propio; no hay riqueza fabulosa que no despilfarrase un hombre si a cambio de ello le habrían de llamar «el avisnado empresario» o el «ilustre autor».

Faltan locales en Madrid, y faltan locales más que para albergar conjuntos artísticos para dar cobijo a la inacabable vanidad de unos y otros que ahora se desparrama por las mesas de los cafés céntricos cuando nos cuentan sus planes para la próxima temporada.

José L. MAYRAL

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1924



Núm. 720. Torre Isunza. Sala central.



Núm. 722. Quintín de Torre. Sala central.



Núm. 708. A. de Pablos. Sala central.



Núm. 641. Barral. Sala central.

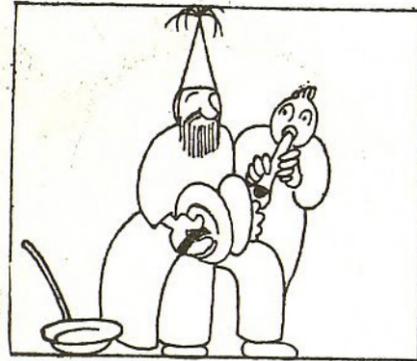


Núm. 710. M. Rubio. Sala central.



Núm. 696 J. M. Perdigón. Sala central.

En esta sala, el visitante—verá detrás y por delante—una visión impresionante—¿Que en qué consiste esa visión?—En una horrible colección—digna de la exposición.—Veinte mil pobres hay allá—entre los cuales los hay ya—que no conservan *na* de *na*.—Lector amigo, ya ves tú—de qué es capaz, ¡por Belcebú!—una explosión de gas gris los trabajos de Landré.



Núm. 539. Sala XII. Menéndez Pidal.

Este Menéndez Pidal antes no pintaba mal, pero ahora, caro lector... Pasemos a otro... Es mejor.



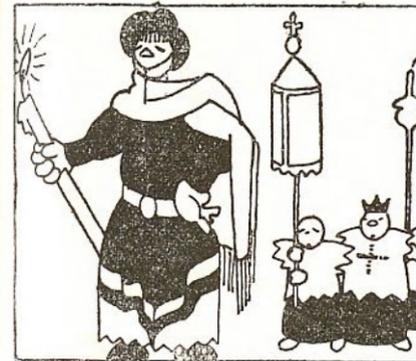
Núm. 401. Sala XVI. Leandro Oroz.

Un pobre convalciente al que han llevado a una ruina. La enfermera es inclemente y le tiene mucha inquina.



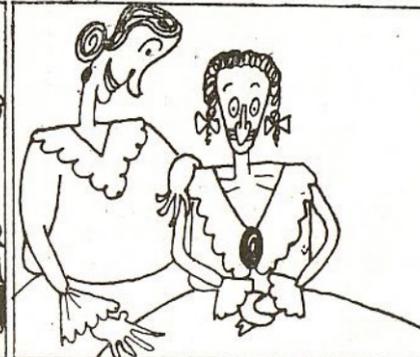
Núm. 97. Sala XIV. R. Carazo.

Dice Angustias a la chata: apresúrate, María, que hay que dejar *cual la plata* toda la cacharrería.



Núm. 21. Sala XII. Juan Alonso.

Este gauchín marcha al paso llevando un cirio pascual. ¿Será Narcisín, o acaso el «taitá» del arrabal?



Núm. 283. Sala XII. López Mezquita.

La que está de perfil a la otra mira. El cuadro, de factura soberana, representa las ruinas de Palmira. Las ruinas de Palmira y de su hermana.



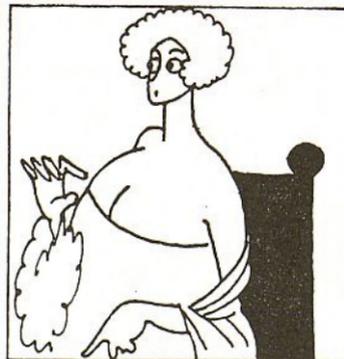
Núm. 519. Sala XVI. Soria Aedo.

—¿Sin apellido notorio?
—Tenorio.
—¡Animas del Purgatorio... qué retrato!



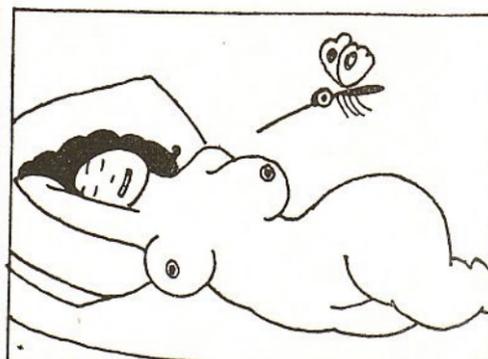
Núm. 567. Sala XIII. Vila Arrufat.

Joaquina y Estefanía luchan las dos a porfía para darle de mamar.



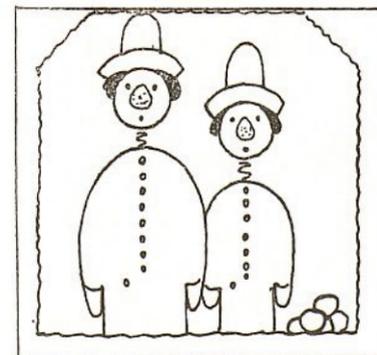
Núm. 540. Sala XIII. E. Urquiola.

—Yo, sin ser ama de cría, de fiyo lo lograría y sin tanto trabajar.



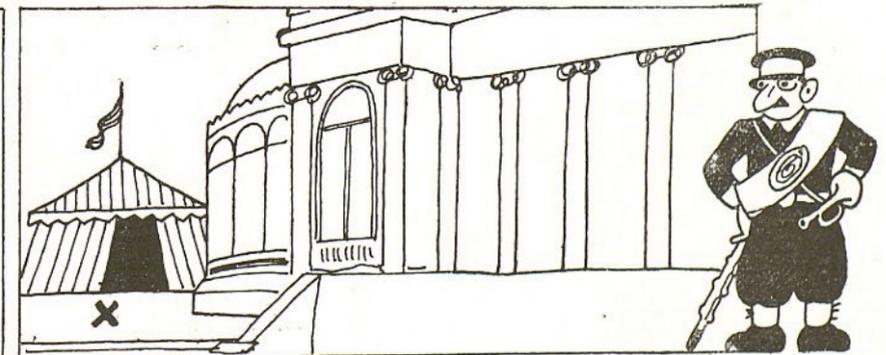
Núm. 195. Palacio de Cristal. G. Gallardo.

Si ese mosquito la pica (y ya hay donde picar) no hay remedio en la botica. ¡Oh! ¡No lo quiero pensar!



Núm. 427. Palacio de Cristal. Peris Navarro.

—¡El pim pam pum sin igual!
¡Entren, que es menos malo!
¡Va el regalo! ¡Va el regalo!
¡Tres pelotas por un real!



Junto al Palacio que el estanque baña y al borde de las aguas, por lo tanto, hallaréis una tienda de campaña cogida en la batalla de Lepanto.

Aún sin haberle votado éste también es jurado (Guarda).

(Se continuará.)

Dibujos de López Rubio.

LAS DESDICHAS DE MARTINEZ

Ante todo, queridísimos lectores, voy a sentar una afirmación; mejor dicho, la voy a arrellanar cómodamente en una butaca. El individuo que firma este articulejo es un ser completamente feliz, absolutamente regocijado, mimado por la Fortuna y elegido por el Señor. Disfruta de una salud que es un panorama; tiene un partido con las damas que rebasa los límites de la escandalera; no le han pegado nunca un cachete; no sufre de gastralgia ni de meteorismo; no ha tenido ocasión de oír más que un solo discurso de Francos Rodríguez (y, por añadidura, el más breve de todos, pues sólo duró tres horas y cincuenta minutos); no es acreedor de Romanones (que ya saben ustedes que el que lo es, no consigue cobrar nunca); no es aficionado al fútbol y, por tanto, no se ha llevado ningún disgusto amargo cuando un jugador de nuestros equipos ha metido la pata (o la *patá*) a destiempo y nos ha puesto en ridículo en el extranjero y en Francia; no posee casas en Madrid ni en provincias ni en las Islas Baleares, con lo cual se ahorra el que los inquilinos le insulten a últimos de mes, a mediados y a principios; y, finalmente, si bien es cierto que no le ha tocado nunca ningún gordo, ha tenido

la felicidad de que le rocen seis o siete gordas, que es más divertido, más ameno, más dulce y más cinematográfico.

Comprenderán ustedes, por todo lo que acabo de aseverar con la formalidad que me caracteriza, que para mí un hombre desgraciado es motivo de asombro, estupor, extrañeza, anonadamiento y enorme preocupación. Las desdichas del prójimo me confunden; y, aunque el desdichado no sea un prójimo, me confunden también. Yo veo que un tranvía atropella a un hombre y siento en el alma lo ocurrido (el atropellado también lo suele sentir, aunque en el cuerpo). Yo contemplo las desventuras de La Cierva y deploro con gigantesca amargura que ese señor haya nacido. Yo daría ciento veintitrés años de mi vida porque una milagrosa metamorfosis convirtiese a Chicote en el hombre más gracioso de España y a su dulce compañera Loreto en una Venus de un Milo mucho más grande que el Milo de la otra Venus que todos conocemos y tratamos amablemente. Yo no omitiría ninguna clase de sacrificios, incluso pecuniarios, para que Edmond de Bries consiguiese contraer matrimonio, y para que *Che-lito* lograse ingresar en un convento e

hiciese un dilatadísimo examen de conciencia, de cuyo examen seguramente saldría suspensa y tendría necesidad de volver a presentarse en septiembre a ver lo que pasaba.

En fin, ¿para qué seguir? Todas estas meditaciones que preceden me las ha dictado el caso de un amigo mío que ha batido el *record* del infortunio, y de cuyas inmerecidas desventuras deseo hacer un somero compendio para que ustedes se hagan cargo de lo que puede llegar a ser la mala pata de un honrado mortal.

Mi amigo se llama José Martínez. Esto solamente ya es una desdicha que no tiene nombre, mejor dicho, que más le valiera no tener nombre, porque para llamarse José y apellidarse Martínez no vale la pena de bautizarse ni de sacar una inmundada cédula de undécima clase (que, entre paréntesis, es la clase que gasta un servidor para andar por casa. ¡Por la escasa casa de que dispondgo!...)

Mi querido amigo Martínez, cuando nació, ya era hijo de viuda porque su señor padre no pudo ser habido a pesar de las pesquisas que realizó la policía de Jerez de la Frontera con ese laudable fin. Era el décimo hijo de la activísima señora que le vertió al mundo y su única suerte en la vida fué la de librarse de quintas por ser hijo de quien era y además porque ya hemos dicho que era el décimo y *un décimo* no puede ser *un quinto* aunque resucitase Pitágoras y le diera la gana de disponerlo así.

La primera desgracia gorda de Martínez fué la famosa inundación de Jerez. Poseía nuestro hombre una bien amueblada bodega, que le había dejado su madre al morir porque no se la pudo llevar al otro mundo; que, si hubiera podido, estamos segurísimos de que no se la habría dejado. La inundación aguló todo el vino que le pertenecía, desgracia inmensa que hubiera sido una fortuna de ocurrir en Valdepeñas, pues, según opinión de gente entendida, una inundación en Valdepeñas duplica, triplica y a veces centuplica la cantidad de vino, mientras que en Jerez es una penosa catástrofe de más difícil remedio que la fealdad de Bergamín y la decrepitud de Rosario Pino.

La segunda desgracia de Pepito fue la de enamorarse de la sobrina de un sacerdote, el cual se distrajo una tarde de verano en que se estaba espantando las moscas y, con un movimiento brusco de manos, les largó las bendiciones y los casó al desgaire y como quien no dice nada. No hubo más remedio que comprar los muebles a escape e instalarse en el domicilio del dignísimo cura, que no quería separarse de su so-



Dib. LÓRIGA

Madrid

EL FUTURISTA

— ¡Admirable!...
¡Los críticos entienden de mis cuadros lo que yo mismo no entiendo!...

brina. Al cabo de un año, fué Martínez el que se quiso separar, y se armó una leve sarracina, de resultas de lo cual hubo que llamar a los guardias para que separasen al matrimonio; y, si no los separan pronto, no sé lo que hubiera sucedido. Del disgusto, dicen que Martínez se quedó en los huesos. La carne estaba adherida, casi en su totalidad, a las sonrosadas uñas de la amanífsima consorte.

Martínez emigró a Buenos Aires y se le ocurrió poner una tienda de ventiladores, precisamente el año del ciclón. Excusado es decir que con el aire gratis y al por mayor, no compró un ventilador ni la generosa Rita, que es la ciudadana que hace todo lo que no quieren hacer los demás, pero que entonces ni ella lo hizo.

Martínez cambió de plan y puso una cacharrería. El día de la inauguración, y cuando él meditaba en las pingües utilidades que iba a obtener, hubo un ligero temblor de tierra y, mientras él hacía pucheros, el terremoto deshacía cazuelas, platos, botijos y jícaras. El comerciante de al lado, que tenía una camisería, ganó lo que había perdido Martínez, pues el derrumbamiento de la pared medianera le planchó todas las camisas automáticamente y hasta con brillo, y luego el público se las compró todas porque al que le recomendaban que adquiriese ropa interior de tela sufrida, reflexionaba que, más sufrida que una camisa que había soportado un hundimiento, era imposible encontrar otra.

Martínez rehizo, no obstante, su fortuna con la trata de negros, que enviaba a ciertos ingenios del Brasil.

Cada negro que salía le valía mil pesos de ganancia, pero un día quebró el negocio por un anónimo. Desde entonces Martínez aborreció las cartas, incluso las firmadas con el nombre y los dos apellidos.

Con el capital que había logrado reunir puso un banco, pero tuvo la desgracia de que la gente no hiciera más que sentarse en él a descansar.

Un martes se le ocurrió comprar una pianola, pero no la había tocado más que una semana cuando un autocamión le seccionó ambas piernas. Como la sección había sido doble, tuvo que aprender a tocar el piano con las manos, pero cuando ya sabía ejecutar el *¡hay que ver!* y el himno paraguayo, se quejaron los vecinos y se vió en la necesidad de rifar el carísimo instrumento. La pianola tocó en un manicomio, primero porque la suerte es loca y segundo porque había comprado una papeleta la esposa del alienista director del establecimiento. La pérdida del repetido instrumento causó un trastorno nervioso a Martínez y le dió el baile de San Vito; pero, como ya saben ustedes, estaba cojo de ambas piernas, y ni el baile de San Vito le fué posible bailar.

Desesperado ya, se puso fúnebre y pesimista y, como único negocio compatible con su carácter, instaló una funeraria con todos los adelantos. Esto coincidió con un mejoramiento inaudito en la salud pública y durante un mes no se murió más que un mendigo cuya atribulada familia quedó a deber la caja al infortunado Martínez. Este, no pudiendo ni quejarse de su mala pata, porque nos sigue constante que, ni mala ni buena, tenía ninguna, atribuyó el fracaso de su negocio a su falta de entrenamiento y traspasó el establecimiento funerario a un millonario, por cierto ciego de nacimiento, el cual al tomar el negocio por su cuenta emitió la popular frase de *traspasado y no visto...*

Y en efecto. A los cuatro días de pasar la funeraria a otras manos, hubo una tan atroz epidemia de cólera, que

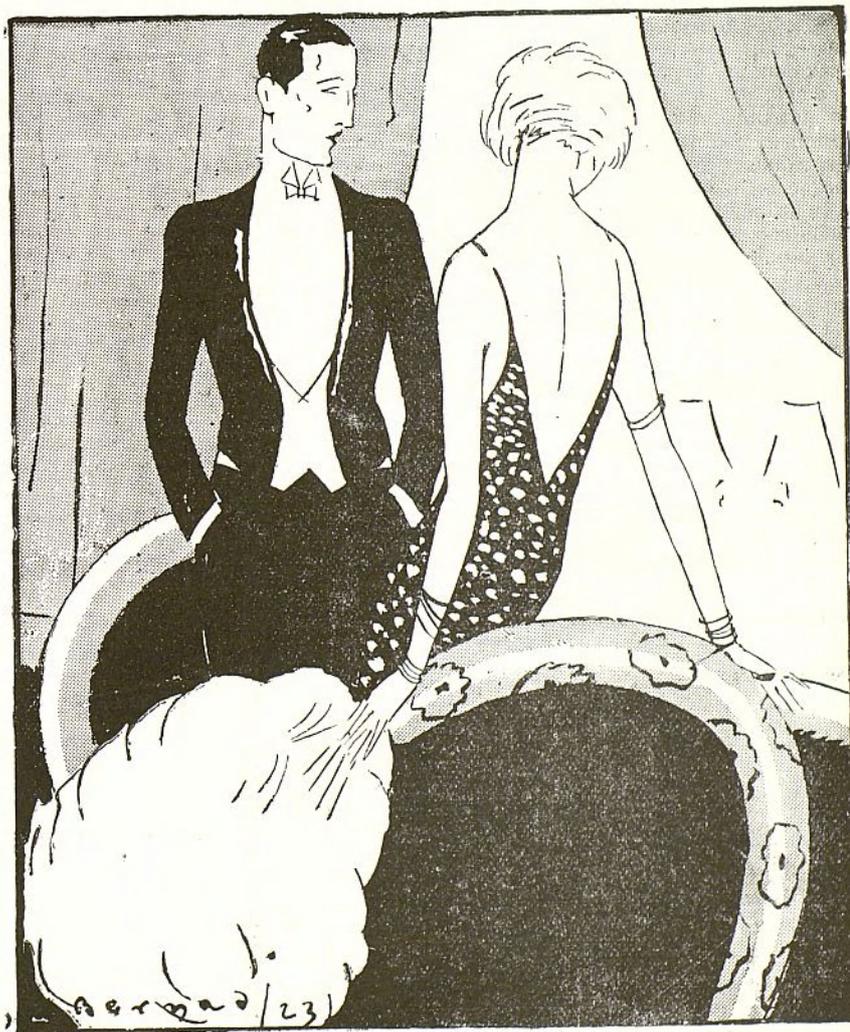
el nuevo dueño se quedó sin existencias en una semana. Tuvo que dar ocupación a todas las carpinterías de la capital y llegó a ser tal la demanda de ataúdes, que durante un mes hubo cola a la puerta de la carpintería; mejor dicho: hubo dos colas..., la que pegaba los féretros y la de los que se pegaban por los féretros.

Y cuando ya no quedaba ni una sola caja, se le ocurrió fallecer a Martínez. Por lo cual, se tuvo que ir al cementerio en un tranvía, y a la velocidad acostumbrada en estos vehículos... Y esta es la hora que no ha llegado todavía.

Si alguna noche les inquieta a ustedes la aparición de un fantasma decentemente vestido y con dos muletas, no se calienten la cabeza.

Es Martínez.

ERNESTO POLO



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—*Qué poco nutridos están los coros...*
—*Querrá usted decir los coristas...*

DIÁLOGOS DEL SEÑOR SUÁREZ

UN CONCIERTO POR LA RADIOTELEFONÍA

(El señor Suárez y su amigo van charlando por la Castellana.)

EL SEÑOR SUÁREZ.—¿Qué opina usted de la radiotelefonía?

SU AMIGO.—¡Psch!...

EL SEÑOR SUÁREZ.—¿Cómo? ¿No le parece bien? ¿No le gusta?

SU AMIGO.—Me gusta más el arroz con cangrejos.

EL SEÑOR SUÁREZ.—¡Hombre! Eso no es una respuesta...

SU AMIGO.—No, señor; eso es un guiso.

EL SEÑOR SUÁREZ.—¿Acaso no ha oído nunca un concierto por medio de la radio?

SU AMIGO.—Escuche usted. El mes pasado me encontré un compañero de colegio a quien yo he amado siempre con fervor. Esta *corbelle* de incongruencias que llamamos vida nos había separado largo tiempo, y gocé mucho encontrando al compañero de aventuras infantiles. Me dijo que era telegrafista y al punto comenzó a hablarme de telefonía sin hilos. Durante la primer media hora, le escuché pacientemente; después le advertí que la radiotelefonía me molestaba bastante, y él continuó hablando. «Querido Antonio—le rogué—no me hable más de eso». Y él no hizo caso. Las lágrimas acudieron a mis pupilas; me hincué de hinojos ante el compañero y sollocé perdidamente: «¡Por la memoria de tu santa madre, calla, Antonio!» Pero él seguía y seguía... «¡¡Cállate!!» Y nada... Bramé, ululé, pateé el suelo. Y él continuaba hablando de la radio. Entonces cogí un hacha de doble filo y la dejé caer sobre el pobre joven cuarenta y nueve veces seguidas. Al tra-

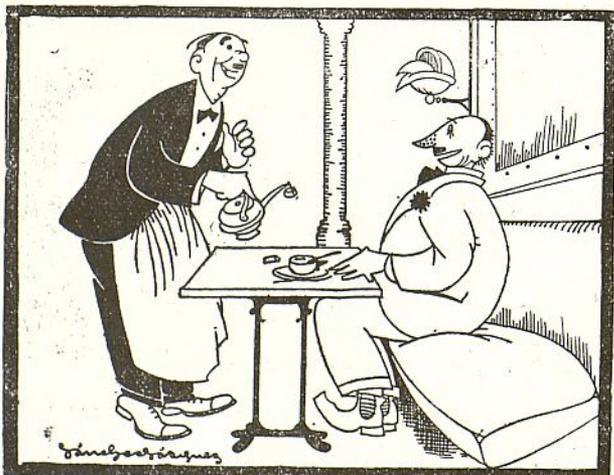
tar de enterrar a Antonio estaba tan desmenuzado que parecía cuarto kilo de habichuelas. ¡¡Pobre!!... No le olvidaré jamás.

EL SEÑOR SUÁREZ.—¿Pero y a qué obedece?...

SU AMIGO.—¿Este odio a la radio? Se lo explicaré también. De esto hace más tiempo, mucho más. Todavía no se había aguzado la fiebre radiotelefónica que ha concluido de volver idiotas a nueve millones de españoles. Un conocido me sacó a la calle cierta tarde diciéndome que iba a hacerme escuchar un concierto por la radiotelefonía. «Es algo maravilloso—ponderó—vamos a casa de un ingeniero amigo mío que vive en el paseo de Rosales y oiremos los discos de un fonógrafo instalado en el Palacio de Comunicaciones.» Yo, radiotelefónico novel, caminaba muy entusiasmado. «¡Gran cosa, la ciencia moderna!»—me decía a mí mismo—. Llegamos a la casa del paseo de Rosales. El ingeniero era un señor simpático. Nos presentó a su bella esposa, a su bondadosa suegra, a su amable suegro, a sus nutridos hijos, a su interesante hermana, a su juvenil prima, a su circunspecta madre y a su precavido padre. Luego pasamos al cuarto de la radio. Todos éramos muy felices. El culto ingeniero consultó la hora y dijo: «¡Atención! Acaba de empezar el concierto.» En seguida manipuló diestramente en el aparato, apretó un último botón y se volvió a nosotros sonriendo: «Es *Rigoletto*—dijo—. Escuchen.» El aparato de la radio dejó oír este ruido: «Toc, toc, tocotó, tocotó, toc, toc.» Todos nos quedamos un poco serios. La juvenil prima exclamó cándorosamente: «No parece *Rigoletto*...»

Y la circunspecta madre, añadió: «No, no lo parece del todo.» Yo me atreví a decir: «Es un *Rigoletto* mal imitado.»

Casi todos me dieron la razón. Un poco azorado, el ingeniero trató de calmar al auditorio. «Esto—explicó—consiste en la antena.» Nadie se atrevió a dudarle. Sí, sí, consiste en la antena—aseguró la bella esposa. Y todos apoyaron lo dicho. «¡Claro, claro! La antena tiene la culpa.» Yo me lancé valerosamente a atacar a la culpable y afirmé que hay antenas aborrecibles. El ingeniero me dió las gracias y repuso: «Escuchen ahora y oirán perfectamente la *Donna e mobile*.» Escuchamos con ansia; algunos cerraron los ojos para no perder sílaba. De la bocina del aparato salió este ruido: «¡Tic, tiquití, tic, tic, tiquití, tiquití!» Hubo una pausa angustiosa. El ingeniero se enjugó el sudor con su pañuelo y aclaró: «¡Esta antena nos está fastidiando!» Luego volvió a manipular en el aparato. Entonces todos nos unimos para insultar a la antena. El precavido padre, no sabiendo ya qué llamarla, la llamó bastarda. Este feroz insulto nos sobrecogió. En seguida volvió a funcionar el aparato y con rara contumacia, hizo así: «¡Tocotó, toc, toc, tocotó, tocotó!» Nadie se atrevió a hablar. Tras un silencio volvió a oírse: «¡Tic, tiquití, tic, tic!» El ingeniero luchó contra el radioteléfono y obtuvo el anterior ruido: «¡Tocotó, tocotó!» Y volvió a luchar y consiguió el otro: «¡Tiquití, tic, tic!» Se le veía sufrir mucho. Todos sufríamos, amigo Suárez. Durante una hora escuchamos indistintamente el *tiquití, tic*, y el *tocotó, toc, tocotó*. Anochece, lloraban las señoras y los nutridos nenos, cuando el ingeniero, casi agotado, nos explicó: «Estos ruidos son las estaciones telegráficas de Aranjuez y de Carabanchel.» La interesante hermana preguntó: «¿Cuál es Aranjuez?» Y supimos que Aranjuez era el que hacía *tic, tiquití* y Carabanchel el que hacía *tocotó, toc*. Entonces todos escuchamos con ansia. «Pónganos con Carabanchel»—decíamos. Y al punto el obediente aparato decía: *tocotó, tocotó*. Luego exclamábamos: «Pónganos con Aranjuez», y se oía: *tic, tiquití, tic, tic*. En aquella interesante audición pasamos toda la noche. Ya de madrugada nos despedimos y el ingeniero me preguntó: «¿Qué? Le ha gustado el concierto?» Allí mismo le dejé tendido de un garrotazo. Creo que está amnésico a consecuencia del golpe. Lo siento por su bella esposa, por su circunspecta madre y por su juvenil prima. Pero mi odio a la radiotelefonía no concluirá nunca.



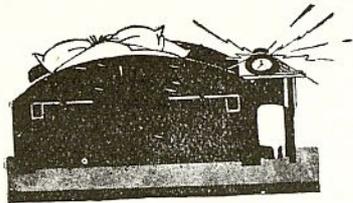
Dib. SÁNCHEZ VÁZ-
QUEZ.—Málaga

—Este es un te-ri-
quisimo, don Vale-
riano...

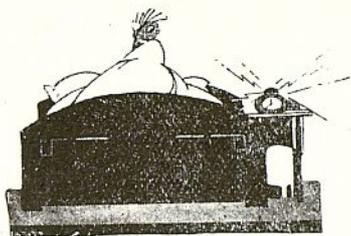
—¡Hombre, pues
me alegro de ver te
bueno!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

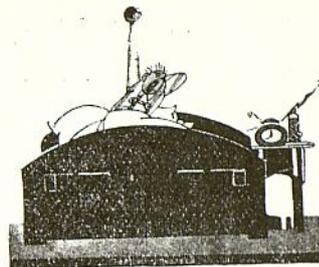
MONÓLOGO DE UN DÍA DE BODAS



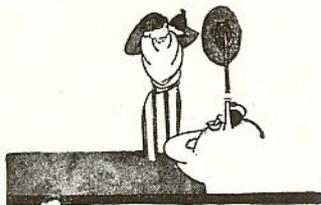
—Ha sonado la hora



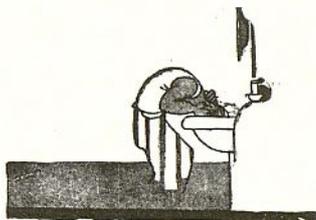
de despertar



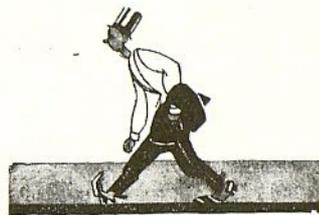
a una vida nueva



y de cortar de raíz



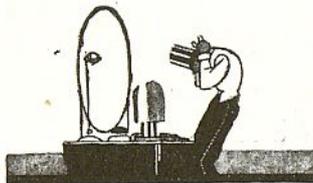
todo devaneo,



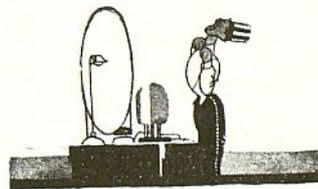
disponiéndome



a que mi dulce formento



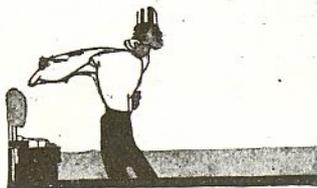
rodee mi cuello...



ajustando el lazo



indisoluble...



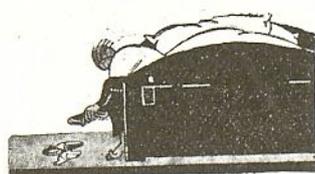
que me haga arrepentirme...



quitándome de la cabeza



ilusiones



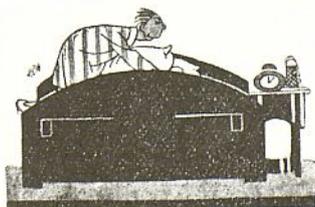
y la ocasión



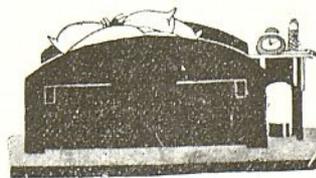
de malos pasos,



retirándome



cuerdamente



a la vida privada.

Historieta de Durán.—El Escorial.

EL EXPLORADOR

El capitán Salfteu, era quizás el más audaz explorador con que contasen los Estados Unidos. Hombre aventurero, desde su tierna infancia había dado a conocer sus instintos preponderantes.

¿Fue quizás cuando le amamantaba su gruesa nodriza, el momento en que nació en él el ansia de recorrer los dos hemisferios? Quién sabe; el caso es que a los doce años embarcó en Nueva York y desembarcó en tierra francesa.

—Esta es Europa—se dijo, y lo escribió a su familia.

«He descubierto Europa; está al fin de un viaje en barco.»

Animado por su éxito, a los pocos días descubrió París: telegrafió a su patria describiendo las bellezas que encerraba, tachándolo tan sólo de algo caro.

Se sabe que el bravo explorador encontró serias dificultades para anexionar todo este territorio a los Estados Unidos; el caso es que disgustado por el poco celo que su Gobierno ponía en

el asunto, no se ocupó de ello y decidió dejarlo «hullius».

Sin embargo, sus anhelos no se enfriaban y a los pocos meses había descubierto Madrid, Bruselas, Berlín, Ginebra y Venecia. De todos estos hechos dio cuenta detallada a su Gobierno, indicando la situación geográfica en que se encontraban dichas poblaciones y raza, creencias e idiomas de los seres que las poblaban.

Es inexplicable cómo un Gobierno puede abandonar así a sus súbditos; el caso es que el capitán Salfteu no recibió ni la más pequeña felicitación.

Amargado de la vida, regresó a su país, y al poner en él la planta, tuvo el íntimo convencimiento de que era uno de los descubridores.

En su pueblo realizó toda su fortuna y la empleó en construir un vapor original, según planos propios.

Por de pronto, llevaría un elegante reloj, cuya esfera estaba sostenida por dos tritones de bronce, encima de la chimenea, como había visto que se hacía en las casas elegantes.

Tenía otra particularidad esencial que describiremos a su tiempo.

El capitán tenía la pretensión de llegar al Polo Sur. Estaba ya harto de descubrir lugares habitados, en donde los indígenas salían a recibirle con la pretensión de llevarle las maletas.

No quería volver a poner las plantas por vez primera en lugares donde había ya el «Hotel de los Estados Unidos».

Esta vez estaba contento; iría al Polo, el lugar que nadie había pisado, pues los que de tal se jactaron se supo luego que no habían ido más allá de unos islotes cerca de Africa, en los cuales había nevado.

Consiguió reunir varios amigos para la expedición y habían dado cuenta al Gobierno de ella, que, como de costumbre, no había contestado otorgando honores militares cuando partiese el barco descubridor.

Cuando el *Arpón* estuvo terminado, Salfteu y sus amigos subieron sobre cubierta y despedidos por sus familias y por los curiosos del puerto, salieron majestuosamente hacia alta mar.

El *Arpón* llevaba las calderas completamente en la parte delantera, en la proa, esto tenía por objeto el que ésta fuese a altas temperaturas, a veces al rojo.

Navegaron días y días en línea recta al Sur; la esperanza del éxito era suficiente para tenerlos a todos distraídos.

El capitán inventor estaba cada vez más satisfecho de su idea de colocar las calderas en la proa y sin planchas intermedias para el fuego.

Todos los días recogían, por medio de redes, numerosos peces ya asados por el contacto con el barco.

Cuando llegaron a la zona de los hielos es cuando se comenzó a apreciar la valía de la idea del capitán.

El contacto de la proa al rojo con el hielo hacía que éste se fuese fundiendo y que el barco entrase en él como un dedo en un kilogramo de manteca.

Siguieron, pues, la línea recta hacia el Sur; el inventor era ovacionado a su paso por el puerto, y sonreía satisfecho; su entusiasmo por llegar al Polo era inmenso.

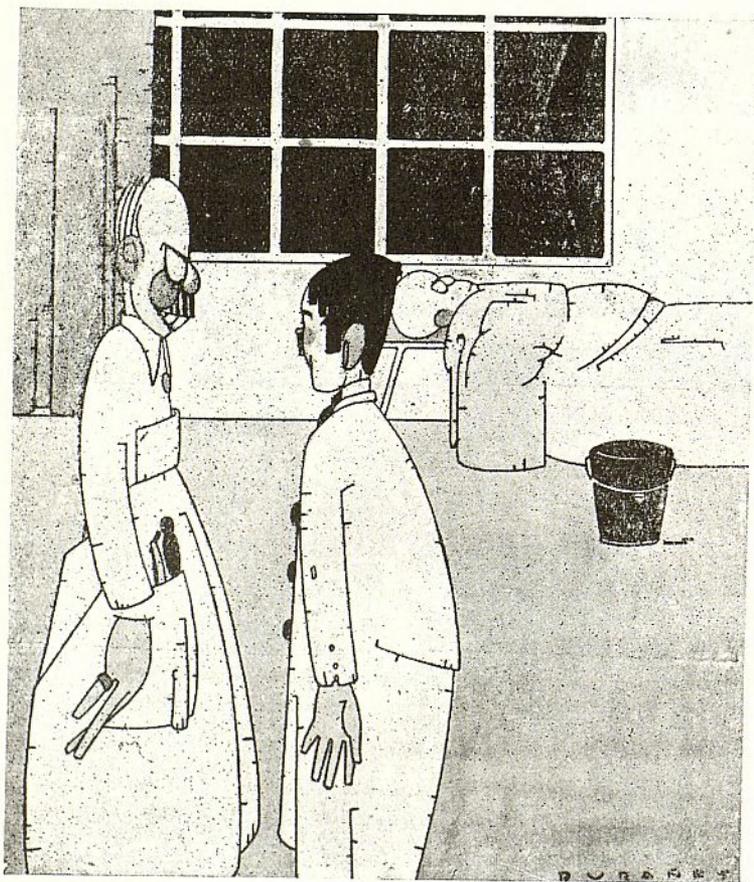
A los pocos días se dió el alto: la brújula indicaba la proximidad del punto ansiado.

Bajaron todos del barco y se dirigieron hacia una colina de hielo y nieve, —En la cúspide está el Polo—dijo el audaz explorador.

Se aproximaron todos poco a poco y al llegar a lo alto del promontorio comenzaron a buscar con la brújula el punto exacto.

—¡Aquí está, aquí está!—gritó lleno de júbilo Salfteu; y se dirigió al punto más alto. Pero de repente palideció: a sus pies acababa de descubrir, ¡su último descubrimiento!, una lata de sardinas vacía y unos papeles manchados de tortilla...

EDGAR NEVILLE



Dib. BURÑES.—Valencia.

EL DOCTOR.—¿Qué ha hecho usted con ese pobre enfermo?
EL AYUDANTE.—¡Nada: le puse la inyección; pero me dijo que la cafeína no le gustaba sola, y se la dió con leche!...

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

Cuando un moro estornuda y le oye otro moro que es fino y atento, en lugar de decirle ¡Jesús!, le dice: ¡Mahoma!

Cuando estornuda un chino, el otro chino (o china) que le escucha le suele decir: ¡Confucio!

Y cuando estornuda un alemán, lo más frecuente es que el paisano que tiene cerca le diga: ¡Querido amigo, lo has pescado de primera!

Rigurosas observaciones que hemos hecho repetidas veces, y de cuya autenticidad respondemos, si no con la cabeza, por lo menos con el poco pelo que nos queda.

Queremos decir que nos lo pueden ustedes cortar al cero (al cero treinta) si les engañamos.

II

Una de las ciudades donde más hambre se pasó durante la Gran Guerra, fué la ciudad de Como.

Hasta tal punto, que sus habitantes pensaron cambiarla el nombre y llamarla *No como*.

Afortunadamente, llegó a tiempo la paz y hoy está Como como nunca.

Y nosotros nos alegramos infinito, porque es lógico y natural que Como coma.

Por lo menos como come todo el mundo y como como yo, que no es muy exageradamente que digamos.

III

En un pueblo de Inglaterra acaba de fallecer una honrada ciudadana que contaba nada más que la ligerísima friolera de ciento veintiocho años de edad.

Pero nosotros no queremos ni podemos asombrarnos por eso, por la razón sencilla y económica que damos a continuación:

En Inglaterra tenían a esa señora y aquí tenemos a Loreto Prado.

Pero esa señora se ha muerto y Loreto Prado no se morirá nunca, ni el cielo lo quiera (aunque nos parece que si lo quisiera, pasaría igual)

IV

El animal que tiene más pretensiones y un formidable delirio de grandezas es el águila.

Lo decimos con pleno convencimiento, porque ya sabrán ustedes que pica muy alto.

V

La suerte de recibir se práctica en nuestras plazas muchas más veces de las que creen los aficionados.

Por ejemplo: *Chicuelo* mata casi to-

dos sus toros recibiendo. Unas veces son almohadillas, otras veces suculentas hortalizas y otras veces estrepitosas frases de fina crítica. Pero una de las tres cosas las recibe siempre.

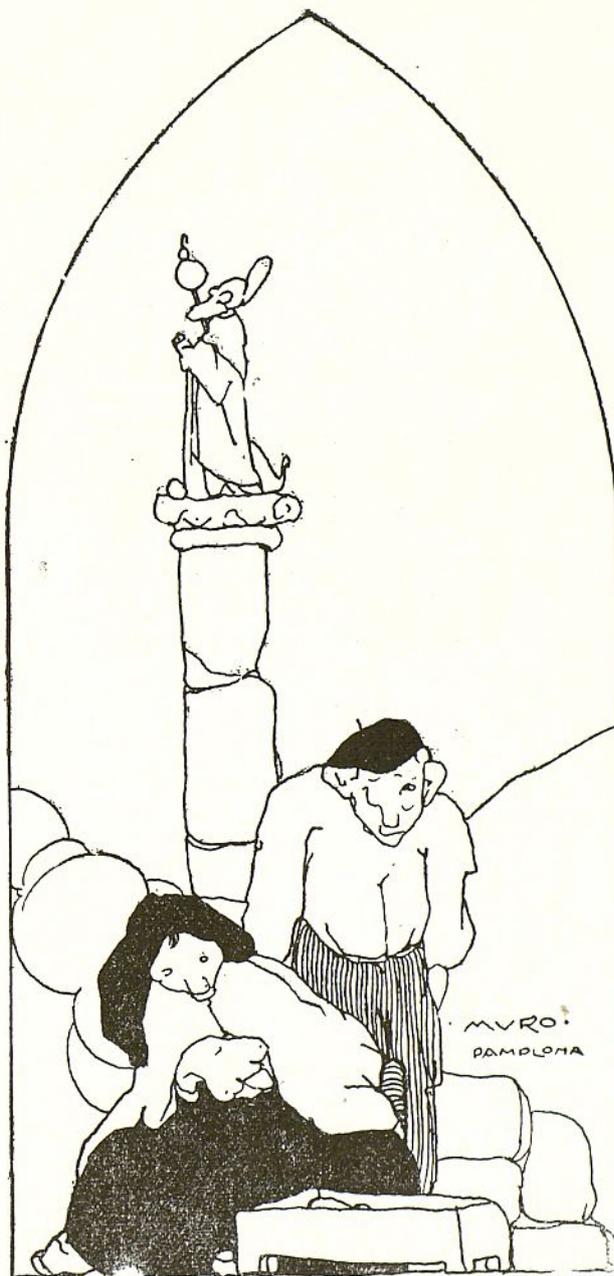
VI

La cosa más sosa que hay en el mundo es dar un beso a una negra de Guinea en un cuarto oscuro.

Y si me apuran ustedes, en un cuarto claro.

Lo mejor es no dárselo.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. Muro.—Pamplona.

—¿Se vende mucho, agüela?

—¡Nada, hijo, nada...; parece que tengo el santo de espaldas! ..

EL ARCHIPIÉLAGO DE LA MUÑEQUERÍA



Antonio Robles, el humorista felino y mordaz que augurábamos en sus obras anteriores, ha aparecido íntegro en su reciente novela El Archipiélago de la Muñequería, de la que a continuación copiamos una anécdota:

Para contaros ahora quién substituyó a estos valientes en sus puestos de las islas cuando la Historia de los muñecos entró en otra era de costumbres, es conveniente referir esta curiosa anécdota:

Una vez dijo al Rey un bravo General relleno de serrín:

—Señor: he ganado para Vuestra Majestad la gran Batalla de las Canicas.

Habían tirado con canicas: esas bolitas de barro y de cristal, que si son de cristal tienen dentro venitas de colores.

—Bien; pues yo te hago Gran Duque de las Canicas—respondió el Rey.

—Y a mi muerte ¿quién sabrá que yo fui ese Gran Duque?

—... Pon el escudo sobre la puerta de tu casa, y te perdono todos los impuestos sobre carteles murales.

—Mas, ¿y cuándo mi casona se hundirá?

—Pero, oye: ¿qué dedo de hipnotizador te ha dejado la mirada en el horizonte del tiempo infinito? Bien se ve que eres un tío del campo y tu idea no se ha estrellado nunca contra ninguna pared de enfrente... Mira: para entonces, puesto que así lo quieres, yo exigiré a un servidor de Palacio que tenga en seguida un hijo, y tenga un nieto también, y un biznieto, y siga, y siga..., y que cada uno de todos ellos exponga ante los siglos tu título de Gran Duque de las Canicas, en tu honor, y así lleven el nombre de tu hazaña hasta la eternidad... ¿Estás contento?

—¡Oh, Señor! ¡Gracias! Permitidme

que bese las mejillas de vuestras reales rodillas articuladas...

A los pocos días, el Gran Duque logró hablar de nuevo con el Rey:

—Señor: si Vuestra Majestad me lo concede, y para no andar molestando a nadie, le diré a mi chico mayor que se encargue él mismo de llevarme el título hacia siempre, con ayuda de sus descendientes...

—Pero, ¿por qué vas a molestar a tu buen *Periquito*, el de china?

—No es apenas molestia, Señor. ¡Pues no faltaba más si no que no quisiera sacrificarse un poco por su padre!

—Como quieras; pero conste que mi intención era hacértelo libre de todo sacrificio por parte tuya.

En efecto: el chico no se disgustó demasiado. Le parecía aquello, sí, como tener que ponerse un sombrero viejo, que todo el mundo había visto en la cabeza de serrín del valiente soldado. Pero se descosió un día el General, lo echaron al cajón de los rotos, empezaron a llamar Gran Duque a quien no lo era—el hijo—, y el *hombre-anuncio* empezó a sentirse halagado un poco tarde e impuramente, puesto que para halagarse no pensaba en el guerrero valeroso.

Y con el pretexto de que recordaran a su padre, se hizo tarjetas en que sólo ponía: «El Gran Duque de las Canicas», que le iban dando a conocer en la sociedad de la Isla Real, donde su buen antecesor logró un buen puesto.

Esta fué la historia que originó después los títulos hereditarios en el Archipiélago, que luego fué repetida con frecuencia por los jóvenes, envidiosos de aquel torpe halago, y que, si conseguían la herencia, se mandaban pintar mejor las cejas.

¡Miren qué cosa tan sencilla fué!...

Todo ello sirvió para que los envidiables puestos que los guerreros tenían en las islas jugosas de la fronda apacible fueran heredados por sus tranquilísimos descendientes.

Los cuales dieron en llamarse «muñecos aristócratas», por no tener audacia para titularse aún «valerosos», como sus antepasados, sin probar su valor. Esto es decir que llamaron «Aristocracia de la Muñequería» al valor en herméticas latas de conservas.

ANTONIO ROBLES

LA TERRIBLE AVERÍA

Suena imperiosa la bocina y el coche arranca suave, dulcemente. Dedico unas frases a loar la comodidad de los asientos, la flexibilidad de las ballestas, el perfecto silencio del motor. Mi amigo se esponja ante el elogio y contesta lacónico:

—¡Ya verás qué modo de arrear en cuanto lleguemos a una recta!—Un hombre atraviesa lentamente la calle. Cuando sólo estamos a dos metros de su cuerpo, suena conminadora la bocina. Al pasar rozamos su americana, y mi acompañante le llama idiota, con aire de enojo.

—¿Te has fijado qué pedazo de bruto?—dice mi amigo Ignacio, mientras endereza el rumbo—. ¡Si no es por mi serenidad, lo hacemos polvo! Y es que esta gente no sabe andar por la calle. Por eso, la culpa de todos los atropellos la tiene la víctima... ¡Si hubiera sabido quitarse a tiempo! Pero con este coche no hay cuidado; tiene unos frenos brutales. Además, lo conozco estupendamente; me lo sé de memoria... ¡Y aún no hace un mes que lo tengo! ¡Pero, chico, he comprado un libro de mecánica, que es una maravilla!

¡Si vieras los apuros que pasa el chófer cuando le hago alguna pregunta! ¡Lo pongo en cada aprieto!

Hemos llegado a la carretera. La velocidad aumenta paulatinamente y los números negros del cuenta-kilómetros pasan rápidos. De pronto, Ignacio saca medio cuerpo fuera del auto, inclinándose en actitud de escuchar atentamente, y dice:

—¡Hemos pinchado!

Yo admiro su penetración. El coche se detiene; el motor se para. Inspeccionamos la rueda sospechosa: el neumático está intacto. Registramos las demás: intactas igualmente. Ignacio habla del peligro que entraña la rotura súbita de un neumático.

—¡Un peligro bárbaro, chico...; un vuelco, por lo menos!

Comprendo que me ha salvado la vida, y estrecho su mano en silencio, emocionado.

Nos acomodamos de nuevo en los asientos. Mi amigo manipula en el volante; mueve unas palanquitas que giran sobre un cuadrante, y con el pie aprieta un vástago que sobresale del suelo. El motor no arranca. Cambio

de postura de las palanquitas, y nuevo pisotón. El motor continúa parado. Otro cambio, otro pisotón, y nada. El motor se resiste.

—Esto no tiene importancia—dice mi amigo, dejando su asiento—. Son las bujías, y en cinco minutos las arreglo.

Levanta decidido el *capot*, y manipula unos minutos en silencio. Vuelve con el rostro radiante y las manos llenas de una grasa negra y pegajosa.

—Ya está. En el segundo capítulo del libro está descrita esta avería a la perfección... Con ese libro no se queda una nunca en la carretera... No voy a utilizar el arranque eléctrico, para no descargar los acumuladores—añade, dirigiéndose hacia esa manivela que por debajo del radiador tienen los automóviles, y que es como la cuerda de un juguete. La pulsa dulcemente y la hace dar tres vueltas elegantes. El motor no resuella. Se inclina y emprende la tarea con nuevos bríos. La manivela da esta vez tres, ocho, diez, quince vueltas... y nada. Mi amigo está sudando; un mechón de pelos le tapa la frente y los ojos; los aparta de un manotazo, y sobre sus cejas aparece una mancha negra. Fieramente empuña la manivela y la hace emprender una carrera vertiginosa, frenética. En el suelo aparece un charquito, crece y se desliza hasta la cuneta: es Ignacio que suda.

—Esto no es nada, ¿sabes? Un pequeño reconocimiento y doy con ello. ¡Antes de media hora estamos de vuelta!... ¡Ya verás!—me dice mientras se cubre con un amplio guardapolvos; busca en el cajón algunas herramientas, y se introduce penosamente debajo del coche. Yo sólo veo sus piernas que se mueven caprichosamente en raras contorsiones. Admiro una vez más su sabiduría y su decisión. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin sus profundos conocimientos de mecánica?... ¿Qué arreglo maravilloso estará realizando? —Dame el destornillador grande—exclama.

Busco por todas partes, y no lo encuentro. ¡Oh, desperdiciar la única ocasión de ser útil, es imposible! Me agacho heroicamente y, despreciando mi traje nuevecito, me introduzco junto a él. Entre el polvo de la carretera encuentro el objeto perdido. Se lo entrego gozoso, con la satisfacción del deber cumplido.

—Creo que ya está—exclama al poco rato—. No sé cómo no ha pasado algo grave. Iba un *cárter* medio desprendido... A ver si marchamos ahora: si no, todo se reduce a investigar detenidamente el *vis-platinet*, el *diferencial*, el *visinfín*, el *embrague*, el *magneto*...

Tantos órganos, y con tal suficiencia, nombró Ignacio en su parrafada, que una vez más me quedé convencido de su dominio sobre el monstruo de acero.

Lleno de fe, emprendió nuevamente

su rebusca y, una vez más, resultó infructuosa. De tiempo en tiempo iba hacia la manivela y la hacía girar trabajosamente. Sus esfuerzos resultaban negativos, y volvía al trabajo sin desmayos. En sus ojos brillaba una luz siniestra y febril.

—¡Terrible es la avería!—pensaba yo para dar a Ignacio tanto trabajo. ¡Y no puedo ayudarle! No entiendo nada, y eso de alcanzar de cuando en cuando una herramienta, no basta: ¡no, no basta!; pero, ¿qué hacer?

A lo lejos apareció una leve polvareda, que fué creciendo lentamente: era otro automóvil.

—¡Ya estoy salvado!—pensé—. ¡Ya puedo ser útil! Me planté en medio del camino, con los brazos abiertos, los agité en el aire, y conseguí que se detuvieran nuestros presuntos ayudantes. Saltó el chófer al suelo, y me preguntó la razón de mi actitud.

—Ayude a mi amigo a arreglar una terrible avería, que nos tiene parados hace más de dos horas—le rogué.

Se dirigió adonde estaba Ignacio, y preguntó:

—¿Qué debo hacer, caballero?

—Yo he reconocido la *magneto*, y ahora estoy dedicado al *carburador*—le respondí—. ¿No ha leído usted lo que dice para estos casos Brissonnet,

el famoso tratadista francés? ¿No? Pues dice que lo primero es el método. Busque por ahí; pero no olvide trabajar con método.

Nuestro ayudante, que iba a convertirse en salvador, echó una rápida mirada al motor, y una idea debió cruzar por su imaginación. Fué hacia el volante y ejecutó una breve maniobra. Una sonrisa plegaba sus labios. Vino a mi encuentro, y me deslizo al oído estas palabras:

—Ese señor ha olvidado abrir la llave de la gasolina.

Majestuosamente fué hacia su coche, lo puso en marcha y partió. Ignacio, ensimismado sin duda en algún maravilloso trabajo, no lo notó. Al poco rato salió de su escondrijo bajo el coche, y se dirigió a la puesta en marcha. A la primera vuelta, el motor comenzó a moverse y dejó oír su ansiado ronroneo. Ignacio, con el rostro resplandeciente, me dió un abrazo, que acabó de chafar mi traje, y exclamó con aire triunfal:

—¡Chico, si te toca con otro que no hubiera conocido el coche tan bien como yo, duermes en la carretera!

Hice una señal de asentimiento, y ocupé mi puesto. Anochece.

LEONARDO HERVENCIA



(De Life de Nueva York.)

—¿Le gusta a tu marido salir por las noches?

—¡No lo sé: no viene a casa hasta que es ya muy tarde para volver a salir!

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL NOVIO DEL TRANVIA NÚMERO 79

por BELA SZENES

Años hace que no he hablado con Imre Benedek. Esta tarde nos hemos encontrado en el tranvía número 79. Estamos sentados junto al cristal, uno frente a otro.

Yo.—¿Cómo te encuentras?

El (con el rostro radiante).—Maravillosamente bien.

Yo.—¿A quién llevas esas lindas flores?

El (con orgullo).—No es a mi abuela.

Yo.—¿Es guapa?

El.—Una maravilla.

Yo.—¿Casada?

El (llamándose al orden).—Una muchacha soltera, distinguida.

Yo.—¡Supongo que no vas a casarte!

El.—¿Por qué no he de casarme? Tengo tres mil coronas mensuales. Y un piso. ¿Conoces a Arányi, el de nuestro Banco?

Yo.—No.

El.—El pobre viejo está muy mal. Si se muere, ascenderá a cajero. Gracias a Dios, tengo suerte en todo. Además, el padre de Aurora es un hombre rico, muy rico.

Yo.—Que sea enhorabuena, amigo.

El.—Gracias. Aunque la cosa no es todavía pública. Es un asunto arreglado, pero que no se ha hecho público aún.

EL COBRADOR.—¿Hacen el favor de los billetes?

El.—Abonado.

Yo.—Pase.

EL COBRADOR.—Gracias. (Se va.)

El.—La muchacha es muy guapa. El viejo tiene dos casas en el Gran Bulevar. Aurora es hija única. En estos últimos tiempos, el viejo ha ganado mucho en la Bolsa. Es un antiguo usurero; pero a mí eso no puede importarme. No me caso con él, sino con su hija, ¿no es cierto? Te digo que el viejo se opone a la boda; pero Aurora... (Se calla y acaricia nuevamente las flores.)

Yo.—¡Oh, el amor!

El.—Sí, esa es la justa palabra.

EL CONDUCTOR.—¡Puente Margarita, lado de Pest!

(Llegan nuevos viajeros, sentándose junto a nosotros una señora gruesa y otra delgada. Las dos damas prosiguen una conversación ya comenzada.)

LA GRUESA.—Aurora no me dijo nada el otro día.

LA DELGADA.—Porque la cosa no es todavía pública.

LA GRUESA.—¿Y qué es él?

LA DELGADA.—Han tenido muy bue-

nos informes. Está en un Banco y ascenderá pronto a cajero.

LA GRUESA.—Es un buen empleo.

LA DELGADA.—Sí.

Yo miro a Imre Benedek.

El me hace señas con los ojos para atender a nuestras vecinas.

LA GRUESA.—Tiene un piso.

LA DELGADA.—En estos tiempos es un verdadero premio gordo.

Yo miro sonriendo a Benedek, cuyo rostro irradia satisfacción.

LA GRUESA.—Aparte de eso, es fácil que encuentren un piso mayor en una de las casas del viejo.

LA DELGADA.—El viejo, acá para internos, ha robado bonitas sumas.

Yo miro a Benedek.

El me hace señas de que es indudable que se trate de él.

LA GRUESA.—¿Y es tan grande el amor?

LA DELGADA.—¡Colosal!

El rostro de El resplandece de orgullo.

LA DELGADA (después de una breve pausa).—Pero sólo por parte del joven. Me han dicho que Aurora no puede sufrirle al pobre.

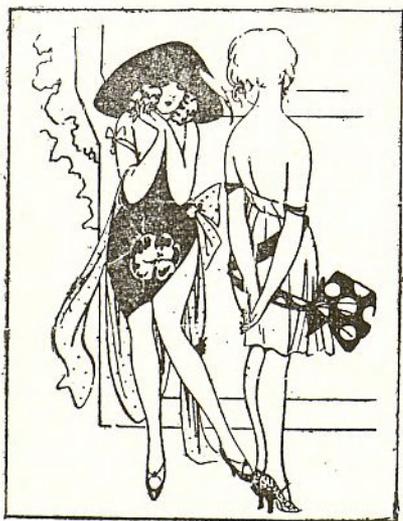
Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El se pone rojo.

LA GRUESA.—¿Que no puede sufrirlo? ¿Por qué? ¿Sigue enamorada del teniente?

LA DELGADA.—¿Acaso no tiene razón? El teniente es un hombre esplén-

=====



(De Le Ruy Blas, de París.)

—El diamante es la piedra más dura.

—¡Sí, la más dura de conseguirla...

dido, que da gozo mirarle. Cuando ocurrió la desgracia, el viejo habló con él, pero el teniente no estaba dispuesto a casarse.

LA GRUESA.—¿Y el novio lo sabe?

LA DELGADA.—No sabe nada. Figúrate tú; aun después de lo ocurrido... Aurora no será su mujer, sino bajo las amenazas del viejo usurero.

—LA GRUESA.—¿Tan feo es el novio?

Yo miro a Benedek.

El se muerde los labios y mira atentamente las casas del bulevar Margarita.

LA DELGADA.—Según Aurora, no sólo es feo, sino que, además, tiene la cabeza hueca y es un ente desagradable. Y enfermo. Parece ser que padece una grave enfermedad, pero él mismo lo ignora, pues su familia y los médicos se lo ocultan.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El, en su dolor, estruja las flores.

LA GRUESA.—¿Y cómo se llama el joven?

LA DELGADA.—¿Que cómo se llama?... Espera, voy a decírtelo en seguida. He anotado su nombre, pues he prometido tomar informes suyos. (Revuelve en su bolso.) Sólo recuerdo que su apellido comienza por B...

El está pálido como un muerto. Su frente, bañada por el sudor. Inclina la cabeza contra el cristal de la vidriera.

LA DELGADA (de pronto).—¡Ya está! ¡Bien segura estaba de que el apellido comenzaba por B. Se llama Pedro Balog, y vive en la calle de Mester

El (lanzando un suspiro de consuelo).—¡Gracias a Dios!

(La gruesa y la delgada no comprenden lo que le pasa a aquel señor que está sentado junto al cristal. Imre Benedek se levanta, y apenas si se despide de mí; su novia vive en la plaza Széna. Al salir del tranvía se enjuga el sudor de su frente. El tranvía da una vuelta, pero sigo viendo un momento a Benedek, que, después del tormento sufrido, camina tranquilo y con ágiles pasos hacia una casa de la plaza. En la puerta se detiene un instante y arregla las estrujadas flores. Veo un rostro, que ha vuelto a irradiar de satisfacción. En aquel momento, la señora delgada acerca el papel más a sus ojos y dice):

LA DELGADA.—¿He dicho Pedro Balog?... Es un error... Ese es, seguramente, el nombre del nuevo sastrero... Más abajo hay escrito otro nombre... Imre Benedek... Sí, ahora lo recuerdo; el novio de Aurora es un tal Benedek.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

Feno. Madrid.—Le juramos a usted por los huesos de San Isidro Labrador que no hemos entendido ni una palabra de su diálogo taurino.

¿Tiene gracia? ¿No la tiene? ¿Dice algo? ¿No dice nada?... ¡Arcano! ¡Misterio! ¡Oscuridad! ¡Abismo cavernoso!... ¿Quién es Max?

¿Quién es don Manué?... Y puestos a preguntar, ¿quién es usted?... Cuando usted nos saque de este pléyago de dudas y de incertidumbres, hablaremos. Antes, no... ¡Y después ya veremos lo que hablamos!

Máquina de escribir
UNDERWOOD
 La mejor del mundo.
 Modelos modernos.
 ALCALÁ, 39.-MADRID

Dibujos que fallecen.—Los firmados por los señores Otto (de Madrid), José del Alcázar, de San Sebastián) y J. V. (de Bilbao), han pasado, en efecto, a mejor vida. ¡La Divina Misericordia las absolverá de sus muchas culpas! ¡Nosotros, no podemos!...

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE.
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
 Primera marca mundial. LOGROÑO

Tito Livio. Barcelona.—Usted, en lugar de escribir crítica social, estaría pistonudamente sacudiendo esteras en un solar del extrarradio; pruebe usted a hacerlo y verá cómo eso le sale mucho mejor que los trabajos literarios.

Bodegas de los CEAS
 Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
 Alberto Aguilera, 29. Teléfono 1959

Cardíaco. Cádiz.—¿Pero es posible que un ser como usted sea cardíaco? La Veterinaria no registra esa enfermedad. La Medicina, sí. Pero usted está incluido, por sus propios méritos, en la primera de esas dos ramas del saber. ¡No le quepa a usted la más mínima de las dudas!



MEDEL
 GRAN VIA, 18
 JUGUETES
 COCHES DE NIÑO

Madrinas de guerra.—Las piden unos, las ruegan otros y las exigen imperiosamente varios de los gallardos y valientes defensores de la



Agua RADIUM
 TINTURA PARA EL PELO
 Con una sola aplicación se logran matices permanentes
 CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Patria, que se citan acto seguido: José M.ª González Cillán (legionario, quinta bandera de la décimacuartava compañía; García Uría, Ceuta);

Jaime Serrano (oficial del regimiento de Infantería del Serrallo, Ceuta), Raimundo Inungiaga Artilaga (grupo de fuerzas regulares indígenas, número uno, primer escuadrón, Tetuán); Antonio Gareía (sargento del regimiento de San Fernando, tercera compañía, tercer batallón, Melilla); Leoncio Bárcena, Antonio Rodríguez, Rafael Pío, Eladio Más, Miguel Samper, Braulio Cepero y Adgel Bueno (todos de la primera oficina de campaña del regimiento de Melilla, Dar Quebdani); José Antonio López García (Legión extranjera, acuartelamiento de Dar Riffín, Ceuta); Agustín Miró y José Saorín (sargentos del regimiento de infan-

tería de San Fernando, primer batallón, primera compañía, Melilla); Julio Tablado (comandancia de artillería, parque móvil, Tetuán); Arturo González García (legión española del tercio extranjero, primera compañía, acuartelamiento de Dar Riffín, Ceuta); Diógenes Baena (tercio extranjero, décimacuartava com-

FAJAS DE GOMA
 Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
 Teléfono 48-00.

pañía, segunda bandera, Ben Tieb, Melilla); Alvaro Carlos dos Santos y Vicente Lorenzo de Velarde (legionarios, primera compañía, primera bandera, Ben Tieb, Melilla); Joaquín Parra (sargento de artillería de la comandancia de Ceuta, segunda batería de posición) y José Moreno Massa (cabo de la misma).

AMADOR
 FOTÓGRAFO
 PUERTA DEL SOL. 13

E. L. LL. Santander.—Es usted pérfido como la onda, aveoso como el rayo y estúpido como el pingüino. Y le advertimos a usted que sus plumas cuartillas no las hemos tirado al cesto, porque ni el cesto las ha querido.

El último Pitágoras. Palma de Mallorca.—Su artículo *En la barbería* podí haber estado *al pelo* si tuviese un poco más de gracia. Pero, por *des-gracia* no llega a estar todo lo pluscuamperfectamente que nosotros quisieramos. Insista, insista. La gloria ¡¡ay!! exige numerosos, reiterados y enormes sacrificios.

CASA JIMÉNEZ
 Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
 Aparatos fotográficos.
 Cinematografía.
 Preciados, 58 y 60.

M. Sor. Málaga.—Su parodia de Blasco Ibáñez está bien, y demuestra que no es usted un demente cogiendo la péñola, pero como ya tenemos en casa a su *tocayo* (a quien usted alude cariñosamente) que se encarga de esa clase de trabajo, nos

parece un poco duro (casi duro y medio) ponerle enfrente a un peligroso competidor. Haga otras cosas y quizás nos entendamos. Respecio al otro punto de su amorosa epístola, la Administración nos dice que le digamos a usted lo que le decimos a continuación: El número 40 del BUEN HUMOR, los dos almanques y los números 14 al 20, ambos inclusive, cuestan una pe-

CALZADOS LLORENTE
 Carmen, número 25
 Los mejores de Madrid.
 A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

seta. Los restantes solamente los cuarenta céntimos acostumbrados. Se le pueden enviar los que pida, previo pago anticipado, más cero treinta del ala para gastos de certificado. ¿Está entendido? ¡Pues hasta la próxima, y consérvese tan festivo y bullicioso como se ha presentado ante nuestros atónitos ojos!

ALBERTO RUIZ
 JOYERÍA.—CARRETAS, 7
 Pulseras de pedida.
 A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

J. Guadilla. Bilbao.—Formidable amigo: ¿Es posible que usted, que nos ha demostrado un buen humor

a prueba de bomba y demás calamidades públicas, se arranque ahora nada menos que con un cuento dramático, y escrito además en papel comercial y cuadrulado, y por las dos caras por añadidura?... ¡No, no es posible! ¡Debe de ser un sueño nuestro! ¡Y como no queremos despertar, alejamos violentamente de nuestra presencia el articulillo, y a otra cosa!



HERNIAS
 Bragueros científicamente.
 J Campos
 único MEDICO
 ORTOPEDICO
 de MADRID
 Augusto Figueras 8

P. Velasco. Madrid.—Sus dibujos no están del todo mal; los chistes, catastróficos.
 Dese una vueltecita por la tierra de María Santísima, y entonces hablaremos.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el *Concurso de chistes*.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre niñas.

—Si vieras qué negro es mi carbonero...

—Más negro es el mío. No se le ven más que los ojos. ¡Y si cierra los ojos, no se le ve nada!

J. M. Conde.

—Oiga, camarero. Estos langosfinos son muy viejos.

—Perdone el señor; pero no han cumplido el año todavía.

Francisco García.—Valdepeñas.

En Telégrafos.

—Diga ¿cuánto me costará un despacho para Melilla?

—Según las palabras que ponga.

—¡Hombre, las más correctas posibles!

Pifito.

—¿Cuál es el andaluz más juerquista y al que la gente le cree santo?

—El que sale de Ronda y pasa por San Roque.

Alberto Jens.—Algeciras.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el veraneo cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

Dos quintos de un mismo pueblo se encuentran después de haber sido elegidos para Cuerpo. Y pregunta uno:

—¿Pa qué te han elegido?

—Pa *Santidá*. ¿Y a ti?

—Pa *Caballería*.

—¡Qué pronto te han conocíot!...

Fernando Peña.—Madrid.

En un día de lluvia.

Un caballero se dirige a un ciego que aguanta estoicamente el chaparrón en una esquina.

EL CABALLERO.—¡Pero, hombre! ¿No ve usted que se está calando?

EL CIEGO.—No, señor. No veo ni gota.

Masto.—Madrid.

Entre profesor y alumno.

—Es usted muy torpe, amiguito. A su edad de usted, sabía yo todo eso.

—Tendría usted mejor maestro que yo.

El Último Valois.—Madrid.

Por unos dientes bonitos Saturnino se desvive. Por lo cual sus novias usan Licor del Polo de Orive.

—¿En qué se parecen los aparatos de radiotelefonía a las perdices?

—En que hay que darles tierra para que canten.

Eduardo Herrero.—Madrid.

Ante el Tribunal comparece un sujeto que, después de vivir de huésped sin pagar el pupillage, concluyó por asesinar a sus patrones, cortándoles las respectivas cabezas.

—¿Qué oficio tiene usted?—Le pregunta el fiscal.

—Sastre.

—¿Sastre?

—Sí, señor. Me dedicaba a cortar patrones...

Santiago Santacréu.—Madrid.

Un padre y un hijo pasan por la orilla de un impetuoso río y caen al agua. El hijo, queriendo ayudar a su padre, intenta quitarse la chaqueta; y el papá le dice amorosamente: —¡Hijo mío, no te quites la chaqueta, que estás en la corriente!...

Rafael González Toscano. Melilla.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás:

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.

EN TODAS LAS JOYERÍAS

—¿Cómo se quedaría Belmonte si le robaran su esposa?

—En mangas de camisa, porque resultaría que le habían quitado la americana...

Julián Guadilla.—Bilbao.

El colmo de los colmos:
Perder un imperdible.

Merceditas López de Medrano (La Rubiales).—Madrid.

En casa del médico.

EL MÉDICO.—El curarse le cuesta usted cuarenta duros.

—EL ENFERMO.—Es muy caro.

EL MÉDICO.—Fíjese usted que son quince días de tratamiento.

EL ENFERMO.—¡Señor, por cuarenta duros le doy yo a usted tratamiento de usía toda la vida!...

Guillermo García Abal.—Vigo.

—¿En qué se parece un guarda-agujas a un pozo?

—En que ambos son agujeros.

Flo.—Madrid.

Un ratero que tiene las dos piernas de palo, se entrega a la desesperación en una de las celdas de la Cárcel Modelo, y en un momento de paroxismo exclama:

—¡Si llego a saber que me iba a ocurrir esto, pongo los pies en polvorosa!...

Luis de Palma.—Madrid

—¿En qué se parece un trabajador del campo por la mañana a un moribundo?

—En que va a *cavar*...

A. F.—Valladolid.

EL PINTOR.—Aquí traigo el encargo que me hizo su esposa.

EL YERNO.—¿Y qué es ello?

EL PINTOR.—El retrato de su mamá política. Como verá usted, está hablando.

EL YERNO.—¿Hablando? ¡¡Haga el favor de llevarseelo inmediatamente!...

Pedro Soria.—Madrid.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

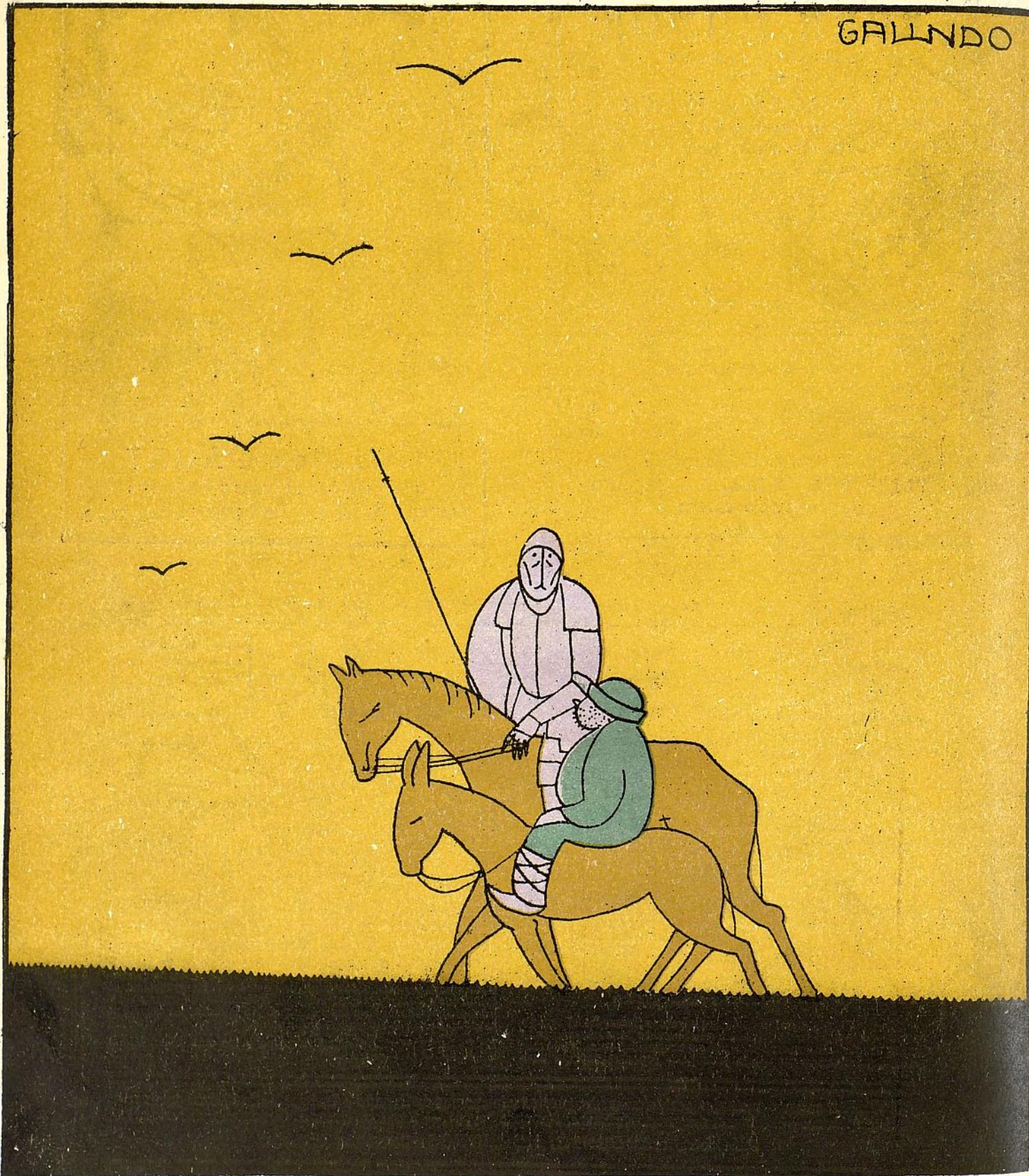
Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

GALINDO



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Y lo que mas me admira, Sancho, es ver la serenidad de nuestros enemigos, que no parece sino que algún sabio encantador les ha puesto en conocimiento de nuestros proyectos.

¡Qué sablo ni qué niño muerto! Eso es que poseen algún aparato de telefonía sin hilos...